



Los primitivos pobladores formaron su hogar con las mujeres de los indios; de lo que, a la larga, hubo de resultar que, a favor de otras causas nativas ó peculiares del país, se modificase no poco la índole del español, sin degenerar por eso de sus características excelencias, acabando por formar necesariamente una especie de *raza criolla*, según se expresa un historiador argentino de autoridad en la materia. (1) Lo dicho ha de entenderse de la masa de la población campestre; pues en las ciudades predomina la gente blanca de tal manera, que rara es la persona en que se advierten señales de raza aborigen de América. Las ciudades populosas, como Buenos Aires y Montevideo, tienen menos de nacional que los pueblos no comerciales de tierras adentro y de ríos arriba, donde han hallado difícil cabida, ó han sido miradas con ciertos desvíos las novedades forasteras. Con todo, la generación mestiza, aunque tan numerosa en el campo, parece ir disminuyendo á proporción de la blanca ó casi blanca, por la constante afluencia de inmigrantes europeos. Azara infería, tratando de esto mismo el siglo pasado ó á principios del actual, es decir, cuando la inmigración no era aún conocida, que no sólo se mejoran las especies con las mezclas, sino también que la europea es más inalterable que la india; *pues ésta desaparece á la larga, prevaleciendo aquélla con ventaja.* (2)

Los pobladores del Paraguay y del Río de la Plata no miraron nunca con menosprecio á los mestizos, que desde luego alternaron con ellos, ni los mestizos pensaron tampoco que su condición debiera hacerlos avergonzar ante los blancos. La gente desvanecida de Méjico, del Perú, de Chile, á favor de preocupaciones comunes y generales en todos tiempos y países, pudo haber tenido escrúpulos al respecto. El Inca Garcilaso, famoso historiador natural del Cuzco, reprende que los suyos tomasen por

menosprecio que les diesen nombres de mestizos, con el cual él sabía honrarse, llamándose mestizo á boca llena. (3)

Mas nunca graduóse de infame al mestizo por sólo serlo. Un erudito escritor chileno entiende que los mestizos, junto con los zambos, mulatos y negros, formaban *una especie de raza maldita*, viniendo á ser los *infames*, los *réprobos* de la sociedad americana de la época colonial. (4) Que no mereciesen consideración social el común de los mestizos, por ser generalmente ilegítimos y viciosos y que aun sin estos defectos se les mirase con algún menosprecio ó di simulada prevención, como hoy mismo sucede, está de más decirlo. Pero que al mestizo culto, de legítimo matrimonio y buenas costumbres, se le tuviese por réprobo ó por infame y oriundo de raza maldita, no; se le tuvo, consintiéndolo sus dotes, por ciudadana capaz de optar á cualesquiera honras y oficios de la república. (5)

Era tanta la influencia de los mestizos, que, merced á ella, tramaron los de Santa Fe, en la Argentina, una atrevida revolución, que tenía por objeto nada menos que emanciparse de la metrópoli, atrayendo á su partido, para el mejor y más seguro éxito de la empresa, á Córdoba, Buenos Aires, recientemente fundada por Juan de Garay (1580), y la Asunción. El primer acto del gobierno provisorio que instalaron, fué decretar la expulsión de todos los españoles europeos, con sus mujeres y muebles; porque decían pertenecerle á ellos (á los criollos) la posesión de la tierra, por derecho de conquista. Surgieron luego desavenencias entre el gobernador revolucionario, ó teniente general Cristóbal de Arévalo, y el maestre de campo Lázaro de Venialvo, cuyo resultado fué que, desbaratada la empresa, perecieran lastimosamente en la horca algunos apreciables sujetos, nobles, bien quistos, valerosos soldados (6).

Esos vínculos de sangre que la vida de la naturaleza establecía entre los españoles y los indios, fueron causa de que se generalizase más y más y echase mayores raíces en la tierra de América que en el suelo de España el antiguo tratamiento de *hermano* y *cuñado*, etc., que por espíritu cristiano ó por razones de afinidad se daban los hombres entre sí. Actualmente el paisano hace muy frecuente uso de este tratamiento, llamando *pariente*, *cuñado*, *hermano*, á personas con quienes no le liga ningún vínculo de parentesco. Las expresiones *cuñado* y *pariente* encierran una malicia, que no queda sin condigna respuesta por parte del sujeto en quien descansa la maligna alusión del interpelan-

te, que sin duda se promete merecer una sonrisa de alguna hermana ó prima del amigo a quien se dirige.

Los indios, así domésticos como salvajes (tapes, chaqueños, charrúas ó pampas), han seguido la misma práctica que usa hoy el paisano. Ora en conversación familiar, ora en los trances más solemnes, no dejan de observarla para sus fines. El pampa derribado de su corcel, en viendo enderezada á su pecho la sangrienta lanza del cristiano, intenta en vano moverle á misericordia con la siguiente plegaria: *¡no matando hermano!* Caltucurá, el Tamerlan de la Pampa, daba á todos aquellos á quienes quería manifestar complacencia el tratamiento de *hermano*, *pariente*, *cuñado*, *hijo*, *primo* ó *suegro*, según las circunstancias. (7) Por este estilo venían á estar emparentados con él, mediante un acto de su voluntad imperiosa, todas las indias de la Pampa, que le rendían obediencia y le proclamaban su padre y redentor, considerándole adornado de cualidades y dones semidivinos.

El indio salvaje aborreció de muerte al hombre civilizado. Hubo generaciones indomables: el araucano en Chile, el pampa en la costa austral del río de la Plata, el charrúa en el Uruguay, lo fueron más que ninguna. Para el indio indómito, el hombre civilizado fué siempre un extranjero, un usurpador de sus tierras, y llamóle *cristiano* que esta palabra envolvió en América la idea de civilización).

Del propio modo el argentino y chileno, hasta nuestros días, se titularon *cristianos* con respecto al *indio*, como en los primeros tiempos de la conquista. Así el indio aborreció de muerte al cristiano, ya fuese blanco ó mestizo, nacido en Europa ó en América. Y el mestizo maltratado al indio lo más que pudo. Las leyes de Indias prohibieron dar protectorías de indios á los mestizos, ni que bajo pretexto alguno viviese mestizo en pueblos de indios; porque el mestizo era y fué en todo tiempo el opresor cierto del indio, á quien vejaba y perseguía siempre que estuvo en su mano hacerlo á su salvo. (8) Lorenzo Bernal de Mercado, á quien los araucanos llamaron *Martin Campo*, entendiendo así el título de *Maestre de Campo* que le daban los españoles, guerreó en la conquista de Chile, bajo D. García Hurtado de Mendoza, con gran denuedo. Con decir que se distinguía entre

Aquellos españoles esforzados  
Que á la cerviz de Arauco no domada  
Pusieron duro yugo con la espada,

dicho está cuánta sería la intrepidez y pujanza de este soldado. Estaba dotado de una fuerza extraordinaria, verdaderamente hercúlea, que sabía utilizar largamente con destreza suma, á pie ó á caballo, cualidades que, unidas á aquel temple feroz tan común en sus compañeros, llegaron á hacerlo verdaderamente espantable á los ojos de los indios. En sabiendo los araucanos que Bernal se acercaba á su campamento, echa-

de *Escritores y Artistas*, dice que los habitantes del Uruguay son todos blancos, pues no hay indios ni mestizos entre nosotros. El doctor don Juan Zorrilla de San Martín, Ministro del Uruguay en Madrid, en nota dirigida al representante de la *Sociedad Antimexicana Española* con motivo del centenario del descubrimiento de América, se explica de esta modo: (También existió allí (en el Uruguay) la unidad de la raza caucásica. Nada más oportuno, para informar á Vd. con precisión al respecto, que la transcripción de los datos que nos ofrece el último censo de la población de Montevideo, capital de la República, levantado en 1896. El total de la población de la capital es de 215,061 habitantes, que se detallan así:

Personas blancas . . . . .	212,411
» negras . . . . .	1,298
» mulatas . . . . .	700
» mestizas . . . . .	652

215,061

«El total de estas cifras, cuya proporción es aplicable á toda la República, que por cada 1000 habitantes existen allí 999 personas blancas y 12 de color.»

La masa de gente que puebla la capital no puede llamarse como hace para inferir la del resto de la nación. La masa de la población criolla hoy que lucearla, no es un conjunto heterogéneo de moradores de todas nacencias como Montevideo ó Buenos Aires, sino en la campaña y sus pueblos. Creemos no alejarnos mucho de la verdad y exactitud, calculando por lo bajo, aunque á bulo, en lugar de un 12 por mil, como lo hace el celebrado autor del *Tabaré*, un 800 por mil en el Uruguay (mestizos y pardos los más, mulatos y negros en mucho menor número).

(1) Don Bartolomé Mitre, *Historia de Bolívar ó Historia de San Martín.*

(2) *Descripción Hist. del Parag. y del Río de la Plata.* Advierte, no obstante, que como los mestizos vienen de españoles con indias, puede dudarse si la causa del predominio es el sexo viril ó la especie.

(1) *Comentarios Reales del Perú.*

(2) Don Miguel Luis Amunátegui, *Los Precursores de la Independencia de Chile.*

(3) Don Juan de Solórzano, *Política Indiana* (lib. 2.º, cap. 36, num. 29), y en otros lugares. Hoy mismo el mestizo, llamado *indio*, va á parar á los cuerpos de línea ó no pasa de peón en las estancias, y las moztizas, llamadas *chinas*, vienen á ver las lavanderas ó sirvientas de pobres y ricos; lo que dimana de que la numerosa casta de los mestizos, por lo general de generación ilegítima, forman una clase humilde y abatida. Mas, al mestizo de familia acomodada, cuéntase entre los blancos, sin ninguna diferencia, ni en punto á prerrogativas políticas, ni cuanto á consideración social.

(4) Barco Centenera, *La Argent. Losano, Conquist. del Parag.*

(7) Zeballos, *Caltucurá y la Dinastía de los Piedra.*

(8) Ley 21, tit. 3, y 7, tit. 6, lib. 6.º de Ind. Solórzano, *Polít. Ind.*

ban á huir desapoderadamente, como si ya cayese sobre ellos y les acuchillase y tajase de arriba abajo por la espalda.

Temblaban al oír pronunciar su nombre. Las madres, para asustar á sus hijuelos, les decían: *Aht viene Martín Campo!* anunciándoles con ello una especie de monstruo es pantoso que fuera á tragarnos vivos, á la manera del cuco de nuestras gentes.

Bernal, con todo, se vió en cierta ocasión expuesto á perecer asediado en una casa fuerte del valle de Arauco que defendía con noventa españoles contra innumerable ejército. La fortuna había favorecido á los araucanos, que causaron grande estrago y desolación en los españoles de la comarca.

Sabido es que los conquistadores acostumbraban abarcar con su audacia y esfuerzo incontrastable todo el ámbito de las tierras que tomaran á cargo reducir al dominio de la corona de Castilla, fundando ciudades y estableciendo casas fuertes guarnecidas unas y otras con escaso número de hombres, y tan distantes entre sí, que en caso de apuro era de todo punto imposible que se prestasen socorro alguno. Mas en aquellos españoles, á medida del peligro crecía la arrogancia.

Un día presentóse delante de la fortaleza el cacique Colocolo acompañado de tres mil combatientes, manifestando intención de hablar con el jefe de los sitiados. Ostentaban dos cabezas de cristianos en sendas lanzas. Asomóse Bernal á lo alto del fuerte, y preguntó á Colocolo cuyas eran aquellas cabezas. Respondióle el indio (que empuñaba una de las lanzas) que aquellas cabezas eran de los jefes principales de los españoles, á los que habían desbaratado y muerto, sin dejar uno solo con vida. Replicó Bernal, que él ya lo sabía; pero que los que allí estaban con él eran bastantes para conservar sujeta la tierra y repagar en ella la generación española. ¿Con qué mujeres, preguntó Colocolo, pues ninguna tenéis con vosotros en este fuerte? Con las vuestras, repuso Bernal, en las cuales tendremos hijos que serán vuestros amos. Enmudeció el indio. Arrimó al muro del fuerte su lanza con la cabeza del español, y bajando la suya, fué retirando confuso y pensativo. (1)

Hasta los postreros años del siglo decimonono, el mestizo arremetió implacable contra el indio, hundiendo en su pecho con furia la enrojecida lanza, al rabioso grito de *¡muere, perro!* Terriblemente profética, en verdad, fué la respuesta que dió Bernal á Colocolo en el valle de Arauco.

DANIEL GRANADA.

## Aspasia

Al eximio poeta Casimiro Prieto.

I

.... En el diván de púrpura luciente  
Con filetes dorados,  
Aspasia inclina la oscultórea frente  
Entre el mar de sus rizos perfumados;

El Sol que ya se aleja al Occidente  
Su luz no filtra en el retrete umbrío,  
Y en la tenue penumbra  
Que va arrojando en el diván la sombra  
Como ala crespa que al bajar alumbrá  
Con vívidos cambiantes el vacío,  
El cabello de Aspasia en áureo río  
Al nido cae de la opulenta alfombra.

II

Como su cutis de camelia aduna  
Nieve, aroma, reflejo y florescencia,  
Parece que en su sien va la inocencia  
Quebrando en besos, su fulgor de luna.  
.... Se ha dormido; el dosel de los amores  
Quizá bate las alas rumorosas  
Y baja á coronarla con las flores  
De su mágico tul de tuberosas;

Un brazalete suelto  
Cuelga del nácar de su brazo esbelto,  
Al talle espera el ceñidor caído;  
Del p-betero escultural, henchido,  
Vuela en espiras la sutil fragancia,  
Y el nimen de los sueños en la estancia  
Teje su red entre la sombra hundido. ...  
¿Qué antítesis extraña y eleuente  
Forman, sombreando de su tez las rosas,  
Sus pestañas, como ébano luciente,  
Con el limpio mármol de su frente  
Veido entre caricias luminosas.  
La envidiara Fryné; quizá no tuvo  
Más blancura el escorzo de su cuello,  
Ni en la diadema de sus bucles hubo  
Tanta luz condensada en un destello.  
Préstale al cuadro la visión de un nido,  
Velado en la penumbra de las frondas,  
El seno, que al vaivén de sus latido,  
Oscila como un cisne entre dos ondas.  
.... Hasta el abierto cortinón de seda  
Llega el ala del céfiro, que rueda  
Entre las hojas del cereano monte,  
Y en sus acordes limpidos remeda  
Los yambos de la lira de Anacrente.  
.... Como la hetaira en su imperial desenido  
Del torso ebúrneo y palpitante, mueve  
La erguida copa cincelada en nieve,  
La orla de su brial se ha recogido,  
Y asoman de la falda entre las olas,  
Dos pies, que como trémulas corolas,  
Se besan al chocar sin hacer ruido. ...  
.... Va enyendo la noche en el bosque;

El loto exbala su perfume santo,  
Y allá, sobre la zar que entona un canto,  
Se va hundiendo entre brumas el paisaje ...  
.... Tiene la griega en su turgente espalda  
La piel de un manto, que en ligero efuvio  
Baja á cubrir con sideral ghirnalda  
La lluvia ingente de su pelo rubio.  
Al verla en su nostalgia de asfodelo,  
Del sueño opresa en los amantes lazos,  
Se la cree, de la sombra bajo el velo,  
La estatua del amor, en cuyos brazos  
Se aduerme la ilusión soñando un cielo.

.... El hombro de la bella  
Que mal oculta el desceñido encaje,  
Asoma como el borde de una estrella  
Que corta las cenefas de un celaje. ...  
Como un nenúfar por el viento herido,  
Su garganta, entre el raso que la espuma,  
So dobla. ... ha oscurecido. ...  
Y entre los pliegues de joyante espuma  
Que la forma cayendo su vestido,  
Se incorpora como hada entre la bruma. ...  
.... Le amedrenta la sombra;  
Quizá imagina que una voz le nombra,

Ó acaba de soñar que una serpiente  
Á su busto de pórfido enroscada  
Destrozaba en su cólera creciente  
De su pecho la citara encantada. ...  
.... Se acerca al lecho de coitina rosa,  
La envuelve el ámbar en ignota nube,  
Enciende el velador, la llama sube,  
Y parece vibrante mariposa  
Que va en busca de ala de un quernbe,  
Perdida en lontananza nebulosa.

PEDRO J. NAÓN.

Buenos Aires.

## EL PAÑUELO

Poco á poco, vistiendo otra hermosura.  
Aquel cielo de encanto y primavera  
Se puso negro, cual si lo invadiera  
Una idea poética y obscura.

Era como una lira la espesura  
Del bosque, y en la pálida ribera  
Padece la tarde, cual si fuera  
Un perdón de suprema desventura.

Como las alas de un alción herido,  
Los remos de la barca del desvelo  
Azotaron el piélago dormido.

Cayó la noche, y entre el mar y el cielo  
Quedó por mucho tiempo suspendido  
El silencioso adiós de tu pañuelo.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires.

## Las letanias de Eduardo Dubus

(PARÁFRASIS)

Cofre que guarda por joyas  
Con la tentación el vicio  
Y que cunja por rubíes  
La sangre de algún novicio. ...  
*Salve, reina de las gracias. ...*  
*Y también de la maldad.*

Clara fuente en que se calma  
De la sed el rudo imperio,  
Bosque sagrado que deja  
Penetrar su hondo misterio,  
*Salve, reina de las gracias. ...*  
*Y también de la maldad.*

Rosa agreste del camino  
Que entre el cáliz provocanta  
Hace brillar como rayos  
Sus miradas de bacante,  
*Salve, reina de las gracias. ...*  
*Y también de la maldad.*

Fruta maléfica y dulce  
Que arde de fiebre en excesos  
Y que ofrece por sí misma  
Sus empenzonados besos,  
*Salve, reina de las gracias. ...*  
*Y también de la maldad.*

Linda mortaja en que lucen  
Pasionarias y belenos  
Y en la que tántos se rinden

(1) Pedro Mariño de Sovera, *Crón. del Reino de Chile.*

Al postrero de los sueños...  
Salve, reina, á tu hermosura!  
Salve, reina, á tu maldad!

ROSENDO VILLALOBOS.

Bolivia.

## Presentación

Buenos Aires, Julio 30 de 1897.

Señor Daniel Martínez Vigil

Montevideo.

Mi amigo muy querido:

Era allá en los tiempos de Santos. Carlos Trarieso, José Chirapozu, yo y otros más, quemábamos nuestros cartuchos de franco-tiradores en las filas de la oposición, desde las columnas de «El Deber» de innominada memoria. El círculo de nuestros lectores acaso superaba al del viejo diario oficial de la muy noble ciudad de San Felipe y Santiago, lo que dejará suponer las aperturas *fin de mes* á que se vería sometido el administrador para conseguir, si no con pesos, con razones patrióticas, la tolerancia quincenal de los atrasos consabidos, mientras un malaventurado soneto de Chirapozu, enderezado contra el gobernante bajo las formas menos equívocas, no vino á ser causa de nuestra bancarrota periodística.

El monstruo de catorce pies fué interpretado por un fanático católico-apostólico-romano, como ataque directo y sanguinario á la figura diáfana del Nazareno. No hubo más. Con igual falta de hemetropía, vieron los demás señores católicos-apostólicos, y aun hubo alguno que aseguró iba el dardo á León XIII. Los católicos-apostólicos-romanos se borraron de golpe. Y en un santiamén nuestra fortaleza periodística quedó en escombros.

La suerte hizo después lo de siempre: nos dispersó. Pasaron así los años. ¡Muchos años! Un buen día—¿Qué es ésto? ¿Usted por aquí?

—Ya lo ve, responde Chirapozu.

Había andado en compañía de su Musa, amante de la Naturaleza, bebiendo sensaciones en los «eríos de luz» de las auroras intertropicales; había contemplado, como en un sueño prodigioso, la selvática hermosura de las Misiones, cuna de repúblicas por venir, donde la Araucanía brasileña abre sus múltiples coronas decrecientes de la base á la altura; había visto desenvolverse en curvas fantásticas el centuplicado río que los indios llamaron Paraná y que algún día será llamado Río de las Razas; se había deleitado contemplando los castillos ideales que la fabulosa tarde finge en sus juegos de nubes, por encima de las regiones vírgenes, aun no manchadas por la pequeñez insufrible de los hombres. Y de todo eso traía bosquejos, notas, sensaciones.

Realmente el Chaco, Misiones, la Cordillera, el Desierto, el País de los Onas, el Estrecho, con sus arietes de granito nevado, toda esta soberana Naturaleza, está pidiendo poetas, artistas, versos y pinceles. No el verso de los tenderos de la poesía, ni el verso contorsionado como un clown. Mientras el poeta no llegue y el pincel espere al artista, buena será la buena prosa de este descriptor que tengo el gusto de presentar á usted y á los lectores de la REVISTA. Es Chirapozu de los pocos que han visto con ojos hu-

manos las regiones que describe, porque no son ojos humanos los del patán que calcula la leña que le puede dar un árbol, ni los de aquellos que ante un despezamiento de sierras sacan el lápiz y manipulan anticipadamente el provecho que puede venirles de una concesión fiscal.

Pero hay algo más que recomienda á Chirapozu: Él, como usted, como yo, es de los que no se adaptan á todos los climas morales. Perteneca á nuestra generación, no malograda por la prematura iniciación en política, sino en muy pocos ejemplares de maleza. Perseveremos, amigo mío, en la lucha. Nos están encomendados los doce trabajos de Hércules. Miremos al Oriente, en tanto marcha al ocaso, revueta en la confusión y el desenfreno, la generación que nos precede, y á la que no debemos ni grandes ejemplos, ni grandes enseñanzas, salvo, quizá, la luz de algún apóstol. Sepamos esperar en el «siglo ajeno».

VICTOR ARREGUINE.

## PAISAJE

(POSADAS, MISIONES ARGENTINAS)

Una tarde de octubre salí, mortificado por el calor, á buscar en algún rincón apartado y sombrío, el aire que en mi casa me faltaba.

Al amparo de las tapias, entre cuyas grietas los «teyús» (1) asomaban con aire novelero sus cabecitas achatadas y sus ojillos brillantes, me deslizaba huyendo, al revés de ellos, de los dardos del astro victorioso. Donde las tapias se concluían, algún benévolo naranjo me prestaba todavía su hermosa sombra compacta, por la que casi no se veía un solo ojo de luz.

En el medio de las calles, llenas de pintorescos accidentes geográficos que, por cierto, están lejos de excitar mi crítica, como que, más bien, hacen mis delicias, el sol polvoreaba de oro la senda roja que, por lo común, las surca á lo largo, y agostaba las matas que llenan el espacio restante.

Un gran silencio, el silencio de las siestas misioneras, se alzaba de todos los ámbitos y los llenaba como si fuera, no la entidad negativa que se define por cesación del ruido, sino algo tan positivo como el ruido mismo. De vez en cuando pasaba bajo algún árbol en cuyas altas ramas una chicharra, con insolencia indigna de un pueblo culto, daba al aire su aturridora cavatina; pero, conforme me alejaba, el incómodo chirrido se debilitaba, esfumándose al fin en la calma solemne que de nuevo venía á rodearme, produciéndome tan pronto una sensación de consuelo como de vacío. Ya me sentía halagado porque ningún ruido, ni aun el de las hojas que mueve una débil brisa, hacía vibrar mis tímpanos fatigados; ya esa misma inercia de órganos siempre tan ocupados, me molestaba como si algo me faltara.

Mientras andaba, llevaba mi vista, con preferencia, á los árboles que á un lado y otro, bien por detrás de las tapias ó bien en fran-

ca comunicación con la calle, presentaban al sol sus copas semiesféricas ó cónicas. Tal cual cactus, con sus largas ramas extrañas, unidas entre sí como los miembros de un fantoche, me llamaba la atención por su tamaño desmesurado.

Y, entre tanto, siempre el mismo grandioso silencio, como si de repente todo hubiera enmudecido, todo hubiera muerto... menos el triunfante sol que, desde lo alto, me quemaba con su oro líquido cuando, en alguna bocacalle, me abandonaba á sus certeros disparos la sombra de los árboles ó de las casas que ¡ay! menudeaban bien poco.

En una de esas, llegué al Río, ó más bien dicho á un punto de: de el cual se ve el Río en toda su anchura, en magnífico panorama.

Me arrimé á una casa para guarecerme del sol, y miré.

Inmediatamente bajo mis pies, el talud de la altísima barranca cubierto de monte y salpicado á éste los techos de numerosos ranchos derramados sin simetría como los mismos árboles salvajes entre los cuales se hallan. Al pie de la barranca, el puerto, en cuya poco extendida playa se notaba escasísimo movimiento como convenía á la hora... y al cuadro que estaba yo admirando, tanto más bello cuanto más primitivo y ajeno al esfuerzo humano. Algunos botes sin boteros, inmóviles y como dormitando ellos también; un vaporcito de cuyo nombre no quiero acordarme, y ¡per fin! el Río, el grande, el inmenso Río guaraní, que cruza cual reverberante tahalí de plata la República.

Allí estaba, en uno de sus mejores momentos. La superficie inmóvil y unida como la de un espejo, é inclinada de la opuesta orilla á ésta, tenía casi el mismo color del cielo, pero con los reflejos metálicos del agua. La gran masa líquida parecía, en aquella hora y desde la altura en que yo la contemplaba, un bruñido bloque de marmol azul en que todo se reflejaba con limpidez absoluta, desde las blancas nubes que flotaban como ideales islas de un mar ideal, hasta la asimismo blanca velita de una pequeña Posada.

Coronando la barranca de suave pendiente, que parecía la verde prolongación del Río azul, mostrábase enfrente la poética «Villa», dando idea de lo que eran tal vez las jesuíticas reducciones. Más allá de las rojas casitas y los techos de paja descolorida, vela los cerros y montes lejanos que hacen soñar con nunca vistos paisajes, de esos que mentan los que han penetrado en las entrañas del ardiente Paraguay, luminoso y triste país, en cuyos bosques de yatayes «llora el urutaú»; y, en tanto, corren los ríos fertilizantes, se elevan al cielo las selvas seculares y, en todas partes, revientan los sagrados óvulos que encierran los gérmenes de la vida.

Y por encima de todo, mirando al Río de hito en hito desde el cenit, ó haciendo destacar las casas, los árboles y las costas lejanas, resplandecía el cielo como una inmensa turquesa cóncava anegada en luz.

Y en la tierra como en el cielo, sobre la superficie líquida como en los aéreos ámbi-

(1) Teyú, pequeño lagarto.

tos, en la playa amarilla y en la verde falda de la barranca, en todo lo que mis ojos descubran, una inmensa é infinita paz, en el seno de la cual me sentía adormecer, poseído de la dicha inesfable de vivir . . .

En aquel momento todo me impresionaba acariciándome, y yo amaba todo, no ya sólo con amor de artista, sino con amor deliciosamente voluptuoso, como que carecía de las ansiedades del deseo y no participaba de los sobresaltos de la posesión. Nadie me disputaba el disfrute de aquella visión magnífica y tranquila en que mi alma se reposaba. Mío era el vasto cuadro que ningún pintor, ni el más grande, pintaría; mío era, mientras en mis ojos y en el cielo hubiera luz.

Quería arrancarme de la extática contemplación, pero hacerlo me parecía imperdonable falta, y una especie de temor de no volver á encontrar semejante ocasión [tan contingente es la vida! coadyuvaba á retenerme.

Paseé una última mirada sobre el paisaje simplemente hermoso, y otra vez quedaron mis ojos como prendidos de él y bebiéndolo, como quien bebe un licor delicioso del que nunca se siente hartó.

Forzado á apurar el último trago, di la espalda al deslumbrante espectáculo y volví á mi casa, pensando en las maravillas que tienen la fortuna de poseer los que nacen ó viven en estas regiones en que, paralelamente á los grandes ríos de la tierra, corren desbordados por los aires inmensos ríos de luz.

José CHIRAPOZU.

## LOS MODERNISTAS

HENRIK IBSEN

(Continuación)

Tal es *Le canard sauvage*, un drama extraño, simbólico, cuya idea moral es acaso de las más atrevidas que presente el arte contemporáneo. Pero no es menos extraño, simbólico y moral *Solness el constructor*.

Halvard Solness es un célebre constructor que ya está aburrido de fabricar casas y palacios para los hombres, y que, en medio de la paz de su hogar tranquilo, tiene vértigos de grandeza y sueña con una obra colosal, digna de su genio. Un día entra en su casa una joven—aquella misma Hilde Wangel de corazón rebelde y de espíritu fantástico que ya conocimos en *La dama del mar*—á la que él prometió hace diez años, cuando era pequeña, construirle un palacio para que fuera en él una reina. Solness ha olvidado esta promesa pueril hecha en broma á una niña; mas he aquí que ahora llega ella, convertida en una señorita bella y alegre, para recordársela. Entonces tiene lugar, entre ambos, una escena rara, extraña, en que el simbolismo y un fenómeno de sugestión á la distancia hacen más atrevido y salvaje el drama.

El constructor no recuerda bien la entrevista que tuvo con Hilde hace diez años en Lissanger. Ella va ayudándole á reconstruir aquella historia de una extraña promesa, y de pronto, mirándole fijamente, le dice:

—Vd. me tomó entre sus brazos y me besó, señor constructor Solness.

—Yo? — exclama Solness, levantándose asombrado.

—Sí, Vd. Me estrechó con ambos brazos, me doblegó hacia atrás y me besó, me besó muchas veces.

—¡Mi querida señorita Wangel!

—¿Espero que no querrá Vd. negarlo?

—¡Oh!, lo niego absolutamente!

—¡Ah, sí? — dice ella, mirándolo irónicamente; y va á recostarse contra la estufa, donde permanece silenciosa y enojada.

Solness se aproxima despacio á Hilde y la llama:

—Señorita Wangel?

Ella no le contesta.

—No se esté Vd. así, inmóvil, como una estatua. — Y después, tocándola en el brazo: —Lo que acaba de contar debe haberlo soñado. Oiga Vd. . . .

Hilde hace un movimiento de impaciencia con el brazo.

—Y sin embargo! . . . — exclama Solness como si una idea le asaltara súbitamente— Espere, espere. . . . Aquí hay algo de misterioso. . . .

Hilde está siempre muda é inmóvil. Solness murmura á media voz.

—Debo haber pensado todo esto. Debo haberlo querido, deseado. ¿Y no sería, entonces, por combinación. . . . Pero, sí! Entonces yo lo he hecho!

Hilde vuelve un poco la cabeza, y sin mirarlo:

—Conque lo admite Vd. ahora? — pregunta.

—Sí, todo lo que Vd. quiera.

—¿Que me estrechó entre sus brazos?

—Sí.

—¿Que me echó hacia atrás?

—Muy hacia atrás.

—¿Y me besó?

—Sí, lo hice.

Hilde se encara entonces á él, radiante de alegría, y empieza á exigirle la construcción del reino prometido. Entretanto, Solness se ha sentado en una poltrona, y mientras la mira fijamente, una idea se va precisando entre las sombras de su cerebro.

—Es extraño! — dice — Cuánto más lo pienso, tanto más me parece que este año me he torturado . . .

—¿Por qué? — interroga Hilde.

—Por recordarme una cosa ya cumplida y que me parecía haberla olvidado. Pero no he sido capaz de recordar nunca qué cosa podía ser.

Solness se levanta lentamente.

—Me ha hecho un gran bien su venida.

—¿De veras? — contesta Hilde, mirándole con mirada profunda.

—Sí, me sentía tan abandonado, tan privado de ayuda. . . . — y luego, más bajo: — Le diré: comienzo á temer horriblemente á la juventud. La juventud vendrá á golpear mi puerta.

—Se la abra Vd.

—No, no! La juventud es. . . la expiación. Ella marcha adelante, militando bajo una nueva bandera.

Hilde se levanta á su vez, y con voz que tiembla.

—¿Puedo serle útil en algo, constructor? — pregunta.

—Oh! Ciertamente; ahora puede serme útil, porque Vd. misma, me parece, viene con una nueva bandera. Juventud contra juventud.

Entonces Solness, bajo la mirada magnética de aquella mujer que parece la encarnación de su numen, se siente renacer con la nueva savia que corre por sus venas, y en un minuto supremo tiene la visión de la obra colosal que escalará los cielos para mostrar al orbe asombrado la locura soberbia de su genio. Y la idea irradia en su cerebro, le deslumbra, le obsesiona, le embriaga sin dejarle un punto de reposo. Empieza la construcción de su torre, conmoviéndolo todo, sin volver la vista atrás, siempre arrastrado por una fuerza indómita y extraña. Por fin, la termina.

—Hay que subir á ella, á colgar la corona, — le dice Hilde; y él, que sufre horrorosamente el vértigo, no vacila tampoco. En medio de una multitud frenética, Halvard Solness empieza á escalar su torre gigante, y sube, sube siempre, sube más todavía. Ya está arriba, pero su espíritu de alucinado, desposado al espíritu de Hilde, quiere avanzar aún. Empieza entonces el ensueño, y ella, desde abajo, escucha los cantos del arpa divina que atraen á su constructor. ¡Oh! ¡Cuán grande es él ahora! ¡Al cabo le ve libre! Y los cantos celestes continúan allá arriba, besando la frente de Solness. Él quiere subir más, comparecer ante el mismo Dios creador de los orbes, y en esta apoteosis triunfal de su altiva soberbia, en este delirio supremo de su pensamiento de inspirado, su alma vuela más alto, abandona la misera envoltura carnal. . . .

Un cuerpo ha caído de lo alto de la torre. Se oyen voces que dicen:

—Está muerto el constructor.

—Se ha destrozado el cráneo.

—Sí, — ruge Hilde, con salvaje ternura; — pero ha llegado á la cima y yo he sentido los cantos de allá arriba y los sonos del arpa. . . . ¡Han triunfado! Halvard Solness está libre por fin, libre de todos, de su esposa Alina, de la Juventud, de Ragnar Brovik, y puede desposarse en la muerte con Hilde, con el nena de su vida, con su eterna inspiración, para engendrar la independencia del genio y la personalidad humana.

También es en la muerte que encuentra su libertad Rosmer, y también es una mujer, Rebeca West, la que le señala la vía que ha de llevarle á su triunfo. Mientras aquél, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa, se encuentra encadenado y miserable. Es tan débil su inteligencia soberana, que ni siquiera se da cuenta de que ama á la mujer que tiene á su lado. Es necesario que Kroll le abra los ojos y que la misma Rebeca concluya de decirselo. Y cuando al fin se da cuenta de su personalidad, trata de hacerla valer para lograr esa dicha tras la cual ha

corrido hasta ahora inutilmente, diciéndole á la mujer:

—Rebeca, ¿quieres ser mi segunda esposa?

—Yo?... Yo, tu mujer? — exclama gozosa Rebeca.

—Sí, viviremos siempre unidos. Ocuparás el puesto que dejé vacío mi pobre muerta. Sólo de esta manera podré arrojarla para siempre de mi mente.

—¿Lo crees posible, Rosmer?

—Debe ser así. No puedo, no quiero soportar las batallas que me esperan, cargando mis espaldas un cadáver. Ayúdame á quitármelo de encima, Rebeca: con la libertad, la alegría y la pasión matemos los tristes recuerdos. Tú serás mi mujer, la sola mujer que yo haya querido.

Entonces ella, dominándose exclama:

—No, no pensemos en eso; yo no seré jamás tu mujer.

¡Jamás! Juan Rosmer siente una pena inmensa invade todo su ser, y quiere inquirir por qué Rebeca, que le ama, no puede ser jamás su mujer.

—No, no me lo preguntes,—replica ella.

—Hasta que tenga vida, te preguntaré: ¿Por qué?

—Entonces abandonaré Romersholm y seguiré el camino de tu primera mujer.

Esta amenaza fatídica con que termina el segundo acto de *Romersholm*, se cumple al fin de la obra. Rosmer ha averiguado al fin por qué se suicidó su mujer, y tiene que purgar su curiosidad con la muerte. Pero, ¿qué le importa á él la vida? De cualquier modo, ella no le sirve más que para separarle de Rebeca. Entre uno y otro hay un cadáver, y no pueden reunirse más que en la tumba. No vacila, pues, y con paso firme, llevando de la mano á Rebeca, se dirige al puente que se extiende sobre el precipicio donde murió Felicia. Y allá, abrazados los dos, unidos como esposos, desaparecen por la inmensa portada de la muerte.

Dijérase que estos dramas terribles son la consecuencia fatal de aquellos otros filosóficos *Empereur et Galilée*, *Brand* y *Peer Gynt*. Después de haber visto á estos grandes vencidos, que quedan á tierra como los guerreros de la *Ilíada*, con fragoroso retumbar de armas; después de habernos descripto su inmensa desventura por no haber sabido ser fuertes y hacer valer su personalidad, asistimos ahora al triunfo de los poderosos, al excelsior de la idea y, como consecuencia lógica, vemos también cómo caen los pequeños arrollados por los colosos. Gregorio Werle es un axioma de moral que troncha á esa mezquindad humana llamada Hialmar, Hilde Wangel es el progreso indefinido marchando á la meta de sus aspiraciones sin volver la vista para ver los miserables escombros que señalan su hiello; Rebeca es el remordimiento salvando un alma, por el martirio, de todas las degradaciones á que pudiera arrastrarle su propio pecado; —y así como *Peer Gynt* y *Brand* nos presentan la derrota del hombre, y así como Nora y M. Alving nos muestran á la mujer doblegada y vencida, así, por el contrario, *La Dama del mar* y *Hedda Gabler* nos señalan los peligros que puede traer consigo la libertad y emancipación de la mujer, y

estos otros dramas que ahora acabo de resumir nos patentizan el triunfo de la idea vigorosa y atrevida.

*Un enemigo del pueblo* es también un drama sociológico y simbolista á par. Es la historia amarguísima de un hombre, el doctor Tomás Stockmann, que, soñando con el bienestar de su pueblo y obediendo tan sólo á su carácter independiente, noble y generoso, revela que las aguas del Establecimiento de Baños de la localidad son perniciosas para la salud por los microbios que contienen. Pero el burgomaestre, que es al mismo tiempo presidente de la sociedad de dicho Establecimiento, y hermano del doctor Stockmann, — hombre malo, autoritario y envidioso del saber de éste, — se propone anularlo. Va á verlo y le pide que se desdiga de las afirmaciones que ha hecho ó que de lo contrario será separado de su cargo de médico del Establecimiento. Stockmann se niega á tal declaración.

»BURGOMAESTRE (*A Catalina*)—Cuñada, Vd. que es sin duda la persona más razonable de esta casa, emplee todo el influjo que tiene sobre su marido y procure hacerle comprender cuáles serán las consecuencias de su conducta para su familia y para....

»STOCKMANN — ¡Mi familia no tiene que mirar á nadie más que á mí!

»BURG. — Para su familia, digo, y para la ciudad en que vive.

»STOCK. — Yo soy el que quiero el verdadero bien de la ciudad. Yo quiero descubrir las faltas que tarde ó temprano saldrán á luz. ¡Oh! Ahora va á verse si yo amo á mi pueblo natal.

»BURG. — ¡Amarlo tú! ¡Tú, que por una ciega baladronada quieres suprimir su principal fuente de riqueza!

»STOCK. — ¡Esa fuente está envenenada! ¡Te has vuelto loco! Aquí respiramos inmundicias y putrefacción! Nuestra joven sociedad se alimenta de la riqueza ajena mediante una odiosa mentira!

»BURG. ¡Ilusiones! ¡Quimeras, por no decir una cosa peor! El hombre que lanza insinuaciones tan ofensivas contra su pueblo es un enemigo de la sociedad.»

Aquí está compendiado todo el drama: los actos subsiguientes no son otra cosa que el desarrollo de este diálogo entre los dos hermanos. Por una parte Stockmann, buscando la salud y engrandecimiento de su pueblo, y por la otra su hermano Pedro y con éste todo el pueblo, atacándolo hasta hundirlo por completo. Y al final, cuando todos lo han silbado y le han arrojado piedras á los vidrios de su casa, después de verse humillado y abandonado por todo el mundo, ofendidos sus hijos y él y su familia sin techo donde albergarse, todavía este hombre fuerte tiene una frase de triunfo que nos le muestra como un Dios.

»STOCK. — (*Bajando la voz*) Acabo de hacer un gran descubrimiento.

»CATALINA. — ¿Otro?

»STOCK. — Sí, sí, positivo. (*En tono confidencial, atrayéndolos hacia sí*) He lo aquí: El hombre más poderoso del mundo es el que se encuentra solo.»

Y ahora que conocemos estos dramas que Ehrhard clasifica entre los genuinamente simbolistas, ¿qué debemos pensar de

ellos? En primer lugar salta á la vista que su autor, á pesar del triste pesimismo que rueda al través de toda su obra, es un sereno moralista lleno de piedad por los males que nos describe. Su mano nerviosa y experimentada hace resurgir los caracteres de los personajes, y en una frase, muchas veces, funda todo el proceso de un delito. Gregers, Hilde y el Burgomaestre son esos grandes é impetuosos espíritus que marchan á la realización de sus ideales hollando ruinas y cadáveres sin notarlos; Hialmar, Rosmer y Stockmann son los grandes vencidos por la estupidez de los usos preestablecidos y la necesidad de las conveniencias sociales. Para los unos, el castigo implacable; para los otros, el triunfo póstumo, la reedición de la gloria. Y en todos ellos encontramos á la voluntad como única causa dirigente del medio y de las ideas, — esa voluntad que, según dijo León Daudet, se convierte en un magnetismo que ora atrae, ora rechaza, ora se anula al contacto de otra voluntad.

Después, debemos considerar la tendencia sociológica de todas estas obras, que es capital y digna de detenido examen. *El pato silvestre* y *Un enemigo del pueblo*, en este concepto, son dos estudios que encierran una grande enseñanza, y cuyas proyecciones son vastísimas. La sociedad es un organismo heterogéneo y artificial y por lo tanto, malo: sólo puede traer males sin cuento á sus agregados con sus leyes absurdas é imperativas. El individuo es destrozado siempre por el brutal engranaje de esa máquina gigante. Pero, ¿por qué es esto así? Porque, parece responder Ibsen, la sociedad destruye la libertad. Esta, según los principios del derecho natural, consiste en el ejercicio de todos los actos que el individuo tenga por conveniente lograr; mas el derecho constitucional, á su turno, agrega esta restricción: ... todos los actos que se tengan por conveniente, mientras no perjudiquen á un tercero.

No cabe duda que es esta una teoría peligrósísima, sobre todo si se considera que la casi totalidad de los hombres son como esa multitud imbécil que silba al doctor Stockmann, sin comprender que es éste y no el Burgomaestre quien defiende sus intereses y derechos; pero el Profeta Septentrional no escribe estas obras para el vulgo, sino que van enderezadas á los espíritus escogidos y robustos. Y si acaso resultara, como pudiera suceder, que estos mismos no le entenderían, á él no le importa ya ni poco ni mucho: le bastará, como á Hegel, entenderse á sí mismo. Al fin y al cabo, es ante todo un misántropo.

VICTOR PÉREZ PETIT.

## UN POETA DE CARACAS

Caracas fué la Atenas de América en aquellos tiempos postrimeros del régimen colonial en que las ideas de libertad y de reforma llamaban sigilosamente á las puertas de las ciudades provocando mil extraños ecos en las almas dormidas, en tanto coloreaban el cielo los albores de la Revolución.—Esas huéspedes inquietantes se enseñorearon pronto de la cuna de Bolívar y de Miranda.—La civilización, « que ama al mar », según la frase del poeta, tuvo fáciles vías para llegar al seno de aquella ciudad dominadora de un Mediterráneo americano, sobre el que su hábito fecundo flotaba empapado á la vez los vientos del Norte y del Naciente.—El genial viajero del *Cosmos*, que realizaba, por entonces, el viaje memorable del que ha podido decirse que tuvo la significación de un segundo descubrimiento de nuestra América, saludó en aquella sociedad juvenil y culta el impaciente despertar de las energías de la mente americana, ávida de toda novedad y toda ciencia, é inclinándose con irresistible impulso á recibirlas, no de otro modo que como la planta que crece envuelta por la sombra se tiende al lado de la luz. Se respiraba en sus aulas el espíritu nuevo. Cundía en ella el amor á todo delicado cultivo del espíritu. Y en sus tertulias literarias se diseñaba el boceto de una gloriosa figura de poeta y pensador, á la que estaba reservada, en la escena de la América libre, uno de los pedestales más altos: la figura de Bello, *educador de hombres y naciones*.

El recuerdo de esta tradición honrosa de cultura, cuyo florecimiento inspira á la palabra de Humboldt el tono de una sincera admiración, en ciertas páginas del *Viaje á las regiones equinociales*, despierta frecuentemente en nosotros, evocado por las manifestaciones de la actividad inteligente de una juventud que se levanta hoy, en la patria del Libertador, tan animada de inspiraciones generosas como dueña de las armas que hacen vencer en los combates reales del pensamiento y en los torneos y las justas del arte.

La comunicación, relativamente estrecha, que la redacción de la REVISTA NACIONAL mantiene con los centros de más intensa vida y de mayor influjo en el movimiento literario del Continente, permitiéndole triunfar en cierto modo de las dificultades del deplorable aislamiento moral é intelectual en que aún los pueblos americanos viven, nos autorizan para afirmar el alto papel que, en la cultura contemporánea de América, desempeña la juventud pensadora de Caracas.

Á ese grupo animoso pertenece el autor de los sonoros y varoniles versos que, á continuación de este improvisado comentario de la personalidad del poeta, publica la REVISTA NACIONAL en sus columnas. Andrés A. Mata merece que la brillante notoriedad que realiza justamente su nombre en el centro cultísimo que su talento contribuye á animar y esclarecer, alcance la sanción

de la unanimidad del público inteligente de nuestra habla.

Tengo aquí sus *Pentélicas*, á las que precede un prólogo magistral de Vargas Vila. El alma apasionada del autor de las *Providenciales* y su talento ático, eran propios para comprender y definir cumplidamente la poesía que tiene por cauce las páginas que siguen á su prólogo.—Briosa y severa es esta poesía en su entonación, á un tiempo profundamente original y de noble estirpe clásica; correcta, con la desembarazada corrección que no entorpece, sino realza y magnifica, la espontaneidad y la libertad de la forma; y altiva y espartana por el espíritu, por las ideas, por los sentimientos. *Corazon de acero en pecho de mármol*, diría Teófilo Gautier.

Poesía de pensador y de soldado en la gran lucha de la vida, nene, sin duda, en esta condición uno de sus títulos más altos. Lo tiene, sobre todo, si se atiende á que la juventud que se levanta en nuestros pueblos, no suele preocuparse gran cosa de poner en su poesía motivos para pensar ni para sentir, azaz empuñada, como está, en hacer « campo aparte » de su manifestación literaria, con relación á todas las actividades de la vida que no sean las del libre imaginar y el arte puro.

Muy afortunado á que la poesía americana abra su espíritu á las modernísimas corrientes del pensamiento y la emoción, se inicie en los nuevos ritos del arte, acepte los procedimientos con que una plástica sutil ha profundizado en los secretos de la forma, no me avengo igualmente á que, extremando y sacando de su cauce el dogma, bueno en sí, de la independencia y el desinterés artísticos, rompa toda solidaridad y relación con las palpitanes oportunidades de la vida y los altos intereses de la realidad.—Veo en esta ausencia de contenido humano, deradero y profundo, el peligro inminente con que se ha de luchar en el rumbo marcado por nuestra actual orientación literaria. Al modernismo americano le matará la falta de vida psíquica. Se piensa poco en él, se siente poco. Le domina con demasiado imperio un vivo alán por la novedad de lo aparente, que tiene á la frivolidad muy cercana. Yo le he comparado una vez con el mundo de puerilidades ligeras y graciosas del Japón de Loti; y confieso que si el arte de América ha de ser forzosamente todavía un arte niño, un arte de iniciación, prefiero que le podamos simbolizar en aquel niño pensativo del *Tentanda via* de Hugo — pensador precoz—ó en el Alcides infante de la fábula que estrangula entre sus dedos la serpiente, á que le veamos jugar, en una escena de bazar japonés, al juego literario de los colores, ó solazarse en los jardines de arbustos increíbles y palmeras enanas.

Á Rubén Darío le está permitido emanciparse de la obligación humana de la lucha, refugiarse en el Oriente ó en Grecia, *madrigalizar* con los abates galantes, hacer la corte á las marquesas de Watteau naturalizándose en el « país » donoso de los abanicos.—Una individualidad literaria poderosa tiene, como el verdadero poeta según Heine, el atributo regio de la irresponsabilidad.—Sobre los imitadores debe caer el

castigo, pues es de ellos la culpa. Á los imitadores ha de considerarse los falsos demócratas del arte, que, al hacer plebeyas las ideas, al rebajar á la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometen un pecado de profanación quitando á las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

El poeta de *Pentélicas* (cosa rara dentro de la nueva generación americana) nada debe á la genialidad del poeta de *Azul*. Es otro carácter, otra naturaleza. Para comprobarlo, bastaría decir sobre qué canta.

La candorosa altivez del bohemio desamparado y generoso que marcha, sobre las espigas de la vida, á su sueño; la gloria de la redención del vicio miserable por el sobrehumano esfuerzo del amor; la poesía de los odios justos,—los que vibran en la indignación del espectador de la iniquidad, en las iras vengadoras de los pueblos, en el hambre y sed de justicia del oprimido; la profética visión de las grandes y justicieras reparaciones del futuro; tales son los motivos de inspiración á que obedece el numen varonil del poeta de Caracas, tales son los hilos de bronce que urden la malla de *Pentélicas*.

El Poeta es, entre artistas, *hombre de muchas almas*, como se dijo una vez de Buonarroti. El Poeta, considerado en la plenitud de su naturaleza y de su mente divina, es, al mismo tiempo, el héroe, el tribuno, el escultor, el pintor, el músico, el vidente. Pero cada una de estas almas parciales prevalece, al encarnarse en forma viva, sobre las otras, y pone su sello á la naturaleza personal del elegido.—El autor de *Pentélicas* participa, mas que de ninguna otra, del alma de bronce del tribuno.—Su inspiración fluye casi constantemente del contacto con ideas y pasiones que interesan á muchas almas; su entonación es la de la palabra que se cierne sobre la muchedumbre, no la de la que se insinúa en las intimidades de la confidencia; la armonía propia de sus versos es de aquellas que piden, para ser gustadas plenamente, el auxilio de la voz vibrante y poderosa que convierta la letra fría en vivo impulso de las ondas del aire.

Aquellos que hayan educado su gusto en la contemplación del panorama ameno del *horacianismo*,—la poesía de la variedad amable,—acaso echarán de menos en el poeta aquel privilegio de varia y flexible adaptación que imprime carácter á la tradición lírica que aman, arbusto aclimatable en tan diversas latitudes del sentimiento.—Un poco estoico, su poesía no está dotada de ese gracioso « eclecticismo » de la sensibilidad.—Conoce el arte de templar el verso para que hiera y no le sabe domar para que arrulle.—La estrofa delicada ó galante toma, como involuntariamente, en sus labios, el sesgo del pensamiento grave y la pasión intensa. Modificando una imagen de Musset, podría decirse que « aun cuando vuelan bajo, sus alas revelan la costumbre vieja de la altura. » En cambio, cuando increpa, cuando maldice, cuando clama, se reconoce á una naturaleza que desempeña su ley. Es el poeta del yambo, de la imprecación, de la inyectiva. Pasa por sus estrofas, á menudo, el soplo de Barbier, de Núñez de Arce y de Tassara.

Nada pródiga del color y la luz, pero firme y severa en los lineamientos, no descompuestos nunca por la crispatura nerviosa de la emoción—mal grado la vehemencia con que el poeta siente y la verdad con que lo expresa—la forma poética, en este Simónides de una joven democracia, armoniza cumplidamente con la austeridad viril del contenido. — Noble y sonora siempre, caracterizada á menudo por el tono que indica la confluencia de la lírica con la oratoria, reviste, con frecuencia también, la majestuosa amplitud del verso clásico: unas veces, remediando en el verso «las líneas puras de un mármol cincelado por Ictinius»; otras veces, tal como el verso clásico salió de las forjas de aquella audaz y batalladora poesía del siglo XVIII, que hizo descender á la lírica á la candente arena de la Revolución, remozando los acentos de Píndaro y la voz de Tirteo.

No se busque en sus versos el estudio curioso del pormenor, grato á artifices exquisitos; ni, entre los instrumentos propios de su arte, el diamante aguzado del lapidario. Búsquese la huella del recio martillo del escultor. Admírese la fuerza, la majestad, el toque amplio y seguro, «la locución caudalosa que se espacia de una á otra margen del endecasílabo,» para valerme de una frase de Ixart, y el rojo verbo píndarico que pone fuerza y luz, como de máquina de guerra, en el estilo.

Revelación exacta de la poética individualidad del autor será la vigorosa composición que luce al pie de estas líneas que terminamos, para quien desconozca los versos vibrantes de *Penélicas*. — En tierra americana, no sobran hoy quienes hagan resonar de tal modo la cuerda áspera del yambo. — ¿Habrá quien diga que es porque pasaron ya las cosas merecedoras de la ira sagrada de los poetas en tierra americana?.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

### PENTÉLICA

¡Cuántos de esos peñones solitarios que en el medio del mar, al mar refrenan, son hombres de gigantes de granito, gigantes que sin brazos ni cabezas descendieron al piélago profundo y teniéndose en pie sobre la arena oponen al embate de las olas sus retorcidos músculos de piedra!

Cuando sobre esos hombros se levanta un pensador, un genio, ó un poeta, la humanidad, como bajel sin rumbo, se deja conducir por la marea; y desde el punto en que asombrada y muda la negra sombra del peñón observa, escucha el formidable Apocalipsis del eterno San Juan de las ideas!

En una estéril roca de las Cícladas la lira secular de la epopeya Homero hizo vibrar, estremeciendo el hondo abismo de la mar egia, que tendida en la playa de los siglos repite las estrofas del poema.

El Águila de Francia no fué nunca de la sagrada Libertad emblema: amenazó á la tierra con su vuelo y con sus garras oprimió á la tierra. Pero después del tránsito de Arcola y del estrago de Marengo y Jena, se refugió el Derecho en una roca, y el Águila, vencida y prisionera, dobló su cuello y escondió sus garras en el agrio peñón de Santa Helena.

Se viste de Arlequin el Despotismo; y cuando, ebria de champagn, Lutecia en el tálamo vil de Mesalina como bacante impura se espereza, sin dejar, fatigada, que se aleje el último lacayo á quien se entrega, la voz de Hugo en Güernesy es rayo, rayo de comprimidos anatemas, que al estallar en la ciudad maldita, bajo un cielo sin sol, prende la hoguera en que la Historia arroja á los sayones atados á la espalda de los déspotas.

— ¿En qué rudo peñón, en qué arrecife, resonará la olímpica trompeta que cante las desgracias de la Patria, que de la Patria cante las proezas: reveses del heroico Guaiqipuro, y glorias que en Bolívar se condensan?

¿Que comunique al corazón dormido la fe que salva y el valor que eleva, y nos conduzca, del derecho armados, á estrangular el Águila extranjera que, traspasando el Esequibo, rompe la genésica paz de nuestras selvas?

¿Dónde el agrio peñón, de donde parta el rayo de las cóleras supremas que sobre el muro ennegrecido trace, con trágico reflejo, la entencia que interrumpe la fiesta babilonia, mientras el medo á la ciudad se acerca?

El eco de mi voz, en los espacios, se pierde cual la nota postrimera del cóndor que descende de la cumbre al descargar sus iras la tormenta.

Despedimos al siglo, sin que el siglo, antes de fenecer, nos juzgue y crea dignos de acompañarlo hasta la tumba y del renombre excelso que nos lega.

Si al despertar mañana de este horrible sueño de repugnantes indolencias, la visión de la Patria á nuestros ojos, no abiertos todavía, se presenta con la túnica rota por las zarzas del obscuro camino que atraviesa, sin cetro y sin corona, taciturna, pálido el rostro, la mirada incierta, y no hay quien á la Patria agonizante su cetro y su corona le devuelva, procuremos marcharnos con el siglo y sepultar con él nuestra vergüenza!

ANDRÉS A. MATA.

Caracas.

## ACUARELA

Con reflejos de oro y nácar  
Se hunde el Sol en el ocaso,  
Y las nubes opalinas,  
Como flamencos rosados,  
En fantásticas baidadas  
Por el cielo van flotando;  
Las tinieblas de la noche  
Van cayendo por el campo,  
Silenciosas van cayendo  
Como paños funerarios,  
Y la brisa pone quejas  
Entre las ramas del árbol,  
Mientras esparce en el aire  
Los ecos tristes y lánguidos  
Que surgen de las alturas  
Del sombrío campanario.

Bajo las ramas de un sauce,  
En las orillas del lago,  
Está un joven pensativo  
En éxtasis contemplando  
Un grupo de blancos cisnes  
Que se desliza despacio  
Por la tersa superficie  
Del melancólico lago.

Es un poeta que sueña  
El joven que está sentado  
Bajo las ramas del sauce  
En las orillas del lago;  
Es un poeta que vive  
En el mundo imaginario  
Que su inquieta fantasía  
En delirios se ha forjado.  
En ese mundo sublime  
Todo cubierto de astros,  
Donde reina Primavera  
Con su séquito encantado  
De flores y de perfumes  
Y de amores ignorados;  
Donde se escucha muy tierno  
De las sirenas el canto,  
En ese mundo invisible  
Donde sólo el poeta ha entrado.

Signen cayendo las sombras  
En silencio por el campo;  
Agonizan débilmente  
Los ecos del campanario;  
Y con divinas quimeras  
Sigue el poeta soñando,  
Bajo las ramas de un sauce,  
En las orillas del lago.

EMILIO BERISSO.

Buenos Aires.

## CUESTION GRAMATICAL

Á Victor Pérez Petit.

Tiempo hace que me ocupo seriamente en observar nuestro movimiento literario, que es, por cierto, digno de preocupar á los hombres pensadores que no viven sólo de *lo presente*, sino que aspiran á vivir con el espíritu en lo pasado y en lo por venir. El estado actual de nuestra literatura representa un progreso enorme, con relación á lo que fué hasta hace veinte años, y hoy cabe augurar días de gloria para la literatu-

ra nacional. La mayor conquista de nuestra época es la de haber conseguido que fuera de acá nos tengan en cuenta como *productores* intelectuales.

Se ha dicho que nuestro Reyles, si no es el primero, es de los primeros noveladores americanos; que Samuel Blixén es, en el género teatral, de los escritores de primera fila en América; que Víctor Pérez Petit, el eterno luchador contra los escritores de cabeza huera, es el crítico americano que mayor erudición ha aportado a la labor literaria, y de los primeros autores que han enarbolado en el nuevo mundo la bandera de los modernos principios; que Daniel Martínez Vigil ha dado entre nosotros la nota más alta en el arte divino de Demóstenes, y el que mejor ha sabido encerrar en estrofas magistrales el sublime pesimismo de Leopardi; que José Enrique Rodó es tal vez «el crítico más amplio y ecléctico de nuestro tiempo», y el crítico de sensibilidad más exquisita para apreciarlo bello; que Carlos Martínez Vigil puede estar orgulloso de poder poner al servicio de su perspicaz espíritu crítico, la luz de su sabiduría filológica; que Eduardo Ferreira ocupa distinguido puesto entre los nuevos críticos, por su sagacidad para la observación y su expresión sencilla, elegante y castiza, reveladora de su amor a la pureza clásica; que Guzmán Papini y Zas, sin haber llegado a la edad en que la inteligencia ofrece sus más suntuosos frutos, tiene ya conquistada la popularidad que merece, por la originalidad de su poesía, que tiene a veces la cadencia de las dulces melodías de Beethoven y a veces la expresión épica de las originales armonías de Thalberg. . . Y no sigo enumerando, aunque otros hay dignos de mención, porque no va encaminado mi propósito a hacer una lista completa de autores nacionales.

No. Lo que motiva este artículo es simplemente el deseo que tengo de reunir ciertas observaciones tomadas en diferentes épocas y de diversas publicaciones, acerca de lo que bien podemos llamar «el problema de los galicismos.» El tema me fué inspirado por este párrafo de Valera, que he leído en su crítica sobre la última obra de Reyles *El Extraño*:—«Y es lo singular que después de dadas mis censuras y después del mal efecto que me produce la multitud de insuscriptos galicismos que hay en «El Extraño», todavía persisto en ver en el autor muy notables prendas de novelista.»—Más mal efecto me ha causado a mí el que digan eso de un autor nacional que me tenía y me tiene orgulloso. Esto es bueno para que se vayan curando en salud los que aun no han dado motivo para que un crítico de la talla de Valera le censure los galicismos.

Por acá se va popularizando mucho un crítico español, Leopoldo Alas, que es uno de los más castizos de los escritores españoles. Este crítico, que suele preocuparse con (con, no de, digan lo que quieran . . .) nuestros asuntos literarios, hace poco se ocupaba en (en, no de) analizar ligeramente la literatura hispano-americana. Decía que era de veras lamentable un fenómeno que por estos mundos se notaba. Recordando el nombre

del escritor chileno don Eduardo de la Barra, hacia notar que este señor (a quien creía uruguayo) es un sabio filólogo, que, sin embargo, cuando escribe se olvida de la gramática y antepone la palabra *rección* a cualquier parte de la oración, siendo así que sólo debe usarse antes de los participios pasivos.

Mucho antes que *Clarín* hicieron esa observación por acá Calixto Oyuela, en su obra *Elementos de teoría literaria*; Riguera Montero, en su *Indicación de la Gramática Castellana*; Faustino Laso, en su *Gramática*, y Washington P. Bermúdez, en algunas críticas.

Yo, que en el cronicón de mi memoria he ido tomando nota de todo eso, ya había observado que Reyles incurría, tal vez que otra, en galicismos; pero galicismos tales que son entre nosotros cosa común y corriente, siquiera a *Clarín* y Valera le parezcan insufribles. Pero, en mi sentir, es tan baladí la cuestión de los galicismos de Reyles relativamente a lo que él vale como novelista, que yo nunca me hubiera atrevido a ejercer de redentor a lo Valbuena, diciendo: «El señor Reyles no sabe que es incorrecto decir *no puedo menos que* . . . y por lo tanto su novela *Boha* es un adfesoio.»—Que así son los razonamientos artísticos del nunca bien ponderado don Antonio de Valbuena, quien, en la crítica que publicó respecto de un número de la REVISTA NACIONAL, dice: . . . «sigue una carta de Bernárdez a Martínez, remitiéndole unos versos» ; ¿Qué significado tendrá ahí ese gerundio? . . .

Yo siempre había confiado en que la labor asidua y entusiástica de nuestros escritores modernos, iría depurando de galicismos y barbarismos nuestra literatura. Y no me había equivocado. Hoy escriben con perfección muchos a quienes yo alcancé a conocer galiparlantes. Pero ya que la ocasión se ofrece, la aprovecho para decirles a los que, como Carlos Martínez Vigil poseen «el arte de expresar correctamente sus pensamientos», que insinúan la idea del estudio de la gramática en los muchos que aun hoy se precian de muy castizos y comulgan a cada paso con cada galicismo como un templo.

Lo que más perjudicaba hasta hace poco la pureza de nuestro lenguaje era el no tener más *vida literaria* que la de los periódicos, la *prensa diaria*, a cuyas columnas recurría el escritor, no por rendir culto al arte, sino por ganarse la vida, ó por hacer *propaganda* política. Para ninguna de estas cosas es imprescindible el lenguaje castizo. No mediando el estímulo de la necesidad en esa parte, nuestros periódicos llegaron a ser, según la expresión de Oyuela, «cifra y compendio» de cuantos vicios de dicción y construcción se conocen. El desaliño y la despreocupación con que escriben los gaceterillos los «sueños» en que dan noticia de los sucesos del día, parece que se contagiaran a los redactores. A cada paso veo noticias como éstas: «Hoy *sesionó* la Cámara de Representantes,» «Fulano se *entrevistó* con el Ministro A.» El director de *La Razón*, que es hombre ilustradísimo, a

veces peca, como el señor de la Barra. Una vez le criticó Bermúdez esta expresión: «Sólo el señor Idiarte Borda no se *apercebe* de lo que está pasando.» Otras veces, sin embargo, ha señalado errores en que otros incurrieran. En carta dirigida a Daniel Muñoz hablaba de asuntos gramaticales, y le decía: «Tú, el más castizo de nuestros escritores, recibirás notas en que te llaman *gefe* político con *g* en vez de *j*.» Pues el señor Daniel Muñoz, con ser muy ilustrado y discreto escritor, a veces, muy pocas por cierto, construye galicanamente algunas oraciones.

Sánchez Pérez, que es un hablista, ha censurado muchas veces con rigor esto de que los escritores no conozcan ante todo la gramática. Pero a las veces estos críticos hacen distinciones con las que no podemos estar de acuerdo. Generalmente todo el rigor de la censura se gasta con un escritor novato, a quien se relega al desprecio, después de zaherirle con la sátira picante. En cambio al que ya ha conquistado título de *maestro* se le toleran algunos imperdonables defectos de lenguaje. Esto no debiera ser así. Al escritor que vale, cuando peca contra el idioma se le debe decir: «V. vale mucho, pero más valdría si escribiera con corrección.» Al escritor *incipiente* se le debe decir: «V. vale poco, y, escribiendo incorrectamente, vale menos.»

Galdós es a veces incorrecto, pero tiene obras en las cuales el estilo, siempre primoroso, no adolece de la más mínima sombra de galicismos.

Campoamor, a pesar de que debe de haber leído a Hermsilla, que decía: «Cuando alguien me pregunta: «¿V. de qué se ocupa? Yo le contesto: *De nada*. Yo me ocupo en tal cosa;» Campoamor, digo, en las últimas palabras de la *Advertencia* de su leyenda *El alma en pena*, dice que la cuestión que su leyenda encierra es digna «de que se ocupe de ella otra pluma,» etc. (1)

Y en la cuarta división del segundo canto, dice:

«Y aunque honramente entrañables,  
tal vez *desapercibidos*  
rodaron algunas lágrimas  
por sus candentes mejillas.»

Y el mismo Valera, en su novela *hermosísima Genio y figura*. . . escribe esto en el capítulo XVI: «. . . introdujo al joven brasileño en el *confortable* y primoroso *boudoir* . . .» Como se refiere a las condiciones que tiene el *boudoir* para confortar, debe decirse *confortante*, pues *confortable* sería. . . el joven brasileño en tal caso.

Estas citas las hago con el propósito de demostrar que son justificables las faltas gramaticales en que incurrimos por acá, puesto que no se libran de pecar ni literatos de tanta fama como Galdós y Campoamor, y el mismo Valera, quienes, por ser españoles, debieran considerarse más obligados que nosotros a escribir con sujeción a los gramaticales preceptos.

(1) Según Salvá, se puede decir: «Estoy ocupado de una idea,» como si se dijera: «Estoy ocupado por una idea.»

No me hubiera ocupado en este asunto, que me es fastidioso, si la crítica de don Juan Valera sobre *El Extraño* no hubiera sido publicada en un diario de esta ciudad, porque considero necesario disipar la prevención con que cierto público leería la obra de Reyles, por culpa de los malhadados galicismos.

PEDRO COSIO.

## EL ALFILER

Á DANIEL Y CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Eran las diez de la noche. Con los cuellos levantados de los elegantes marferlanes que ocultaban las enormes pecheras immaculadas y los irreprochables fracs de grandes solapas sedañas, esperábamos impacientes, en la sala de redacción, que los cajistas nos trajeran las últimas pruebas de los originales que habían de salir, al día siguiente, en las columnas del diario, para marcharnos en seguida al baile que esa noche daba en sus aristocráticos salones un notable hombre público.

Estaba entre nosotros Bonardi, un bizarro militar que colaboraba de vez en cuando en el diario con estudios científicos sobre la organización de los ejércitos y á quien todos nosotros queríamos mucho, porque, ocurrente como pocos y de una memoria privilegiada cual ninguno, siempre tenía algo nuevo y entretenido que relatarlos.

Aquella noche, él tenía la palabra.

— « No sé cómo fué, que Justino Larrier descubrió la infidelidad de su esposa, á quien amaba con delirio. Lo cierto es que tuvo pruebas suficientes que le comprobaron su desdicha, y decidió vengarse, no del amante, que al fin como hombre y no amigo suyo, no era tan culpable, sino de ella, á quien había dado tantas y tantas pruebas de su amor y que muy bien sabía -- la infame! -- lo que la adoraba él.

Quiso, sí, calmado y tranquilo como era por carácter, no dar un escándalo ni hacer que el mundo se impusiera de la perfidia de su esposa, y resolvió llevar á cabo su venganza en secreto.

Y, en efecto, una noche que ella, la adúltera, con el pensamiento quizá en el amante, lo colmaba de caricias mentidas en el lecho, él, sin poder contenerse ya más y lleno de desprecio, de asco á la mujer á quien tanto amara, le hizo confesar su delito, y en seguida, implacable y poseído de una calma aterradora, le hundió en el corazón, calculando bien el centro de él, un largo alfiler de oro, de cabeza imperceptible, que días antes había mandado hacer, expresamente con ese fin. La muerte fué instantánea.

Al día siguiente los médicos constataron que la muerte había provenido de un ataque cerebral, y llenáronse, sin inconveniente alguno, todas las formalidades para el entierro. Demás está decir que lo más distingui-

do de la sociedad del pueblo, que conocía el amor de Justino á su esposa, se apresuró á prodigarle sus consuelos ante tamaña é inesperada desgracia.

Sólo el padre de la muerta, que días antes había recibido un anónimo en el que se le hacían saber los extravíos de su hija, sospechó que esta muerte no fuera casual.

Aprovechando, pues, de un momento en que el cadáver estaba solo, buscó, febril, angustiado, en el alabastrino y escultural cuerpo de su hija, lo que los médicos -- que jamás hubieran sospechado un crimen -- no se tomaron el trabajo de buscar. Y, efectivamente, su mirada, indignada más que adolorida, descubrió luego la imperceptible cabecita del alfiler, que apenas si se notaba bajo el turgente seno izquierdo.

Apoderóse de él, y limpiándolo cuidadosamente lo guardó en su cartera.

El fué, después, quien más consuelos y cuidados prodigó al viudo, y fué, desde aquel día, más que nunca su amigo. Tratábalo como á un verdadero hijo, y su mayor empeño era hacerle olvidar el pasado, procurando siempre nuevas y distintas distracciones. Y Justino, que al principio con cierta repugnancia y tan sólo por guardar las apariencias aceptaba las atenciones de su suegro, fué insensiblemente sintiendo un gran afecto por él; nunca se hallaba más á gusto que en su casa, y al fin, con la frecuencia que iba á ella, acabó por enamorarse perdidamente de la hermana menor de su infiel mujer. Pidió y obtuvo la mano de ella, y cumplido el tiempo del luto verificóse la boda.

Después de las ceremonias, y cuando los invitados comenzaban á retirarse, el padre de la novia, llevando á Justino á su despacho:

— Hijo mío -- le dijo -- con este alfiler, que yo he querido conservar, supiste tú lavar la mancha que mi hija arrojara sobre tu honra, á la vez que con tu prudencia impediste que mi nombre, el de mis hijos, el de la que hoy es tu nueva esposa, se vieran confundidos con el cieno. Yo te devuelvo el alfiler que te pertenece, para que lo guardes, no como recuerdo de un pasado que ya no puede ni debe existir para ti, sino para que, si algún día, la hija que hoy te entrego lleno de alegría hiciese lo mismo que su hermana mayor, ese alfiler, justiciero siempre y nunca vengativo, traspase de nuevo otro corazón ingrato. »

Hundido en la muelle butaca había escuchado, silencioso, la relación de Bonardi. Encendió un cigarrillo y fume al escribitorio á corregir la prueba que presentaba el cajista.

JOSÉ M. BARRETO.  
(Peruano.)

Tacna, 1897.

## EL ALMA DE LA POESÍA

El poeta en este suelo,  
Ya cante terrible ó suave,  
Tiene algo idéntico al ave,  
Porque siempre busca el cielo;  
Siempre en luminoso vuelo  
Tiene su imaginación,  
Y al ver la persecución  
Que le hacen las desventuras,  
Siempre quiere en las alturas  
Colocar su corazón.

¿ Es acaso un Prometeo  
El corazón del cantor ?  
Si no lo hiere el dolor,  
¿ No despiden ni un chispazo ?  
Cuando el bloque es giganteo  
Requiere golpes gigantes,  
Para que en raudos instantes  
En vez de granito sea  
Piedra que re'ampaguea,  
Astro que arroja brillantes.

Vierte rocío la aurora,  
Y el rocío es alegría;  
Escolla la onda bravía,  
Y parece un sol que llora.  
Yo soy más grande en la hora  
En que al dolor me confío  
Que cuando en la estrofa ríe,  
Porque nunca brilla tanto  
Como una gota de llanto  
Una gota de rocío !

No tiene canciones bellas  
Quien su Cáucaso no sube:  
Si no se rasga la nube,  
No aparecen las estrellas;  
Sin dejar sangrientas huellas  
No aparece nunca el día,  
Y al alma es la poesía  
Lo que es al cielo la luz;  
Cristo es poeta en la cruz:  
Sueña mucho en su agonía !

Convierte al fértil sembrío  
El azota del arado  
En un pintoresco prado  
Lleno de flores de estío;  
En volcán de espuma al río  
Transforman los latigazos,  
Y cuando el pecho en pedazos,  
Le rompe angustia secreta,  
Es un águila el poeta  
Y son dos alas sus brazos !

Milton, ese hombre divino  
Cegado por el torrente  
Del resplandor que su mente  
Desparramó de continuo,  
Es genio desde el Destino  
Lo abisma en sombra constante;  
La dicha nunca fué amante  
De quien los laureles quiso;  
Mayor que en el Paraíso  
En el Infierno es el Dante !

Luce sus mejores galas,  
Cuando sufre, Víctor Hugo;  
Cuando vió al pueblo en un yugo,  
Abrió del todo sus alas !  
Y sus versos fueron balas,

Fueron truenos sus canciones,  
Y sus metálicos sonos  
Hicieron del bardo entonces  
Un Dios dando al pueblo bronces  
Para que hiciera cañones!

¡Oh dolor! nunca he temido  
Tus garras siempre despiertas;  
Las heridas en mí abiertas,  
Bocas que cantan han sido:  
Inspiración han vertido;  
Pues yo dejaré este suelo,  
Como el ave que en su vuelo  
Recibe un mortal flechazo:  
Dando un postrer aletazo,  
Queriendo llegar al cielo!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

## Del poema CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS

### INTRODUCCIÓN

#### III

#### CANTO AL MARINERO

Canto al marinero á bordo de su máquina de guerra;—Canto la música de la tormenta y los clarines del ciclón;—Canto al pescador que arroja sus redes á la onda;—Canto el grito del águila y el adiós del caminante,—Y los trémulos adioses del que agoniza en tierra extraña;—Canto al labrador solícito que riega el generoso grano;—Canto al endurecido minero en el fondo de su mina;—Canto al guerrero que cae en la primera fila,—Y al que cae en la segunda, y en la postrimera fila;—Canto al buen agricultor que ama los frutos de sus campos,—Al albañil que hiere el sonoro granito—y canta al són de su palaustre,—Al carpintero que blande su reluciente sierra,—Al cirujano que troza los palpitantes miembros,—Al físico que pondera las fuerzas arcanas,—Al químico que pondera los arcanos efectos,—Al geólogo que hojea la biblia de piedra de los siglos,—Al botánico que sueña con el sexo de las plantas;—Canto el todo y las partes y el todo de cada parte.

#### IV

He aquí, compañeros, los secretos, divinos eslabones de la vida:—Nada sentirás en ti que antes en mí no sentas;—Nada tocarás en ti que antes en mí no toques;—Nada oirás en ti que antes en mí no oigas;—Nada esperarás en ti que antes en mí no esperes;—Nada verás en ti que antes en mí no veas,—Nada gozarás en ti que antes en mí no goces,—Nada podrás en ti que antes en mí no puedas.—Soy tu sangre, tus brazos, tu ombligo, tus muslos;—Soy tus manos, tu vientre, tus hombros, tu carne; Soy tus huesos, tus venas, tus arterias, tus tendones,—Tus ojos, tu tacto, tu paladar, tu olfato, tu oído,—Tu potencia, tu aliento, tu cerebro, tu alma.—¿En dónde estarás, que al fin no me presientas?—¿En cuál banquete te regocijarás, que no me sienta yo á tu lado?—¿En dónde irás, que contiguo al fin no vaya?

Tu escarnio es mi escarnio; tu ludibrio es mi ludibrio,—Tu virtud es mi virtud; tu traición es mi traición.—Hombre ó Mujer, será en vano que te me escondas;—Alma ó Cuerpo, en vano te me

huyas.—Has sido yo, y he sido tú, en toda esfera, en todo tiempo,—Antes, ahora y siempre, y con el que de entre vosotros sobrevivía.—Á todos los tiempos y á todas las edades,—Con él moraré yo siempre por los siglos de los siglos,—Y eterno viviré; seré, como su cuerpo, eterno,—Seré, como su alma, eterno todavía,—Porque en él, en mí y en todos, Alma y Cuerpo son eternos,—Aun en la misma Muerte y aun á causa de la Muerte.

#### V

Joven compañero que te embarcas, viajero que te vas,—Ve en paz; contigo parto, oh compañero!—Joven madre, que vas á dormir bajo los sauces,—Junto al malogrado retoño de tus cándidos amores,—Ve en paz: en mi alma quedas.—Anciano de venerable barba, que en tu senectud inútil—Vas camino del mundo, apoyado en tu báculo,—Descansa en mí tus cuitas, tus tristes, viejas cuitas,—Que es hora de acostarte ya bajo la fresca tierra,—Bajo la rica en yerba y flores, reverdecida tierra.—Joven guerrero que marchas en defensa de tu patria, que es el mundo; de tu rey, que es el Derecho,—En mí hallarás el trovador de los hechos de tus armas.—Jamás te olvidaré; ni olvidaré al huerfano, ni al débil, ni al traidor;—Ni al triste olvidaré, ni al indefenso, ni al vencido,—Ni al herido, ni al misero, ni al caído, ni al hambriento,—Ni al abandonado de todos, ni al verdugo de todos,—Ni al victimario feroz, ni á la víctima inermé.

Estaré con el que se levanta y estará con el que cae;—Estaré con el que vuela y estará con el que se arrastra; Con el que se salva y con el que se condena;—Con el que tiene fe y también con el que duda;—Con el que amenaza á todos y con el que á todos ruega;—Con el que todo ve y con el que nada ve;—Con el que todo oye y con el que nada oye;—Con el que pasa y se transforma y con el que eterno permanece.—¡Amigos! Cuando yo muera, estaréis siempre conmigo!—Y aun en la misma Muerte,—Estaré con vosotros por los siglos de los siglos!

#### VI

Suele ser sólito en nuestros hermanos los modos arcanos,—Suele ser sólito en nuestros hermanos las vías extrañas.—Mas ¿qué importan las vías diversas, si al fin al gran Camino conducen?

Liégome á unos compañeros, y me preguntan.—¿Quién eres?—Vuestro hermano,—contesto. Me miran soberbios y absortos:—Tal es el estilo de los hombres.—Algunos devuelven la espalda. Presento mi libro.—Unos se ríen, ¡los buenos muchachos! Otros se van y no vuelven;—Otros se quedan sonreídos, y de entre éstos el más taciturno,—De sienes lobuladas y miradas extrañas, me dice:—¿Quién eres? ¿Qué voz es la que habla por tu boca? (Sí, te conozco, compañero; te amaba, te esperaba, compañero.—No lo sospechas, pero mi más noble parte eres, lo que hay de mejor en mí;—No eres solamente el hermano de hoy,—eres el hermano de mañana:—Eres el HOMBRE!)—Hermano, le contesto,—¿Qué voz es la que habla por la boca del torrente?—¿Qué voz es la que habla por la boca del ciclón?—¿Qué voz es la que habla por la boca de cien órganos—De la hórrida tormenta que rueda sobre el mar?—¿Qué voz es la que habla por la boca del insecto,—Por la boca del poeta, del profeta y del león?—¿Qué voz es la que habla por

la boca del centauro?—¿Qué voz es la que habla por la boca del desierto,—Por la boca del yunco y por la boca del martillo,—De la abeja, de la espiga, del granizo y del volcán?—Amor, y esto os baste; porque es la fuerza única,—Única causa, único origen, única norma,—Única virtud, única esencia, único fin;—Sola verdad, sola armonía, sola bondad, sola belleza,—Sola integridad, sola aristocracia, sola república, sola democracia.—Ciencia, labor, resignación, resistencia, idealidad,—Magnetismo, realidad, salud, música, elocuencia,—Convicción, salutación, esperanza, ojo, claridad y cúpula,—Virilidad, sexo, intelectualidad y simpatía,—Paternidad, maternidad, acción, calor y movimiento,—Clarividencia, presciencia, omnividencia, inmortalidad.—He ahí el Amor, el nuevo Dios, la religión del porvenir.—Es este un Dios antiguo,—es el Dios de las pirámides;—Es este un Dios terrible—es el Dios del Sinaí.—Es la Eternidad su templo, el Kosmos es su trono,—Sus tabernáculos los mundos, su verbo la Creación.

#### VII

Canto el Amor, el joven Dios.—En el día del Amor, todo será paz entre los hombres.—En el día del Amor todo será hartura entre los compañeros.—En el día del Amor, todo será igualdad entre los hermanos.—Será el buen día de la seguridad, del bien y del descanso;—Será el buen día del olvido, de la gracia y del perdón;—Será el buen día de los banquetes, de las alegrías fraternales;—Será el buen día de las concordias y de las armonías eternas,—En que el desposorio de los sexos será también el de las almas,—Libremente, ante la libre asamblea de los hombres,—En el supremo goce de suprema libertad.

#### VIII

Un buen libro es un noble amigo en las horas solitarias;—Un buen amigo es un noble libro en los aciagos días;—Una buena mujer en los jóvenes brazos de su amado,—Es gloria de su casa, de sus hijos y los hijos de sus hijos.—Si has realizado esa ambición, compañero, ¿qué más quieres?—Y si no, ama, y esto te baste.

Amo siempre, y esto me basta.—Amo siempre, y esto me conforta y me consuela.—Amo inmensamente, lealmente, eternamente.—Amo las multitudes, las naciones, los pueblos, las ciudades.—Amo lo que gesta en las entrañas de los siglos venideros.—Amo lo que es, y lo que duerme bajo las losas del pasado.—Amo á mis desconocidos amigos que vagan por los varios climas y zonas de la tierra.—Amo á mis desconocidos hermanos y compañeros muertos.—Amo los supremos abrazos de los desposados jóvenes.—Amo el foto palpitante en el ardoroso seno de las novias.—Amo las músicas humildes y las músicas soberbias.—Amo la humilde yerba de los parajes solitarios;—las aguas tranquilas, el cielo azul; el cielo tormentoso.—Amo el sonoro paso de la lluvia sobre las secas hojas crepitantes.—Amo las escondidas cerezas, y las bocas más encendidas que las carezas.—Amo la fragante pomarrosa, y los besos más fragantes que las pomarrosas.—Amo las creaciones gentiles de las viejas civilizaciones que fueron;—Las reliquias egipcias, las hojas y flores de loto, el ibis hierático;—Los escarabajos de oro y las momias de hermosas princesas.—Amo las ánforas antiguas semejantes á diosas de mármol desnudas,—y el vaporoso encaje de mármol que doraron los ra-

yos de soles caducos que fueron.—Amo la fuerza en el hombre, el orgullo en el hombre, la mansedumbre en la virilidad en el hombre;—Amo los dolores del hombre, las ambiciones del hombre, las virtudes y las locuras del hombre.—Amo el misterio divino, la sagrada fusión de los cuerpos y de las almas—En la hora inesfable, inmortal de los Sexos.—Amo el Bien con el hombre, la Democracia para el hombre, la Justicia sobre el hombre.—Amo por ti, por el otro, por todos, por mí mismo, amo siempre, eternamente y me basta!

ABRAHAM LÓPEZ-PENHA.

1897.

## Fríos de otoño

A Germán García Hamilton.

Caen arrolladas las amarillas  
Y mustias flores de las acacias,  
Y en los jarrones de tus jardines  
Tristes dormitan las rojas dalias.  
No hay aleteos en los juncales;  
En los guayabos duermen las auras;  
Cubren el trébol de verdes hojas  
Las titilantes gotas de escarcha.

Todo se muestra como la novia  
De dulces ojos y veste blanca;  
Hay en el cauce de los arroyos  
Trozos de nieblas immaculadas.  
Ya balancean las madresevas  
Sus trepadoras desnudas ramas,  
Y en los esteros de la laguna  
Pliega el zancudo sus grandes alas.

Caen arrolladas las amarillas  
Y mustias flores de las acacias,  
Y el ave negra de las tristezas  
Hace su nido dentro del alma.  
En los rosales de tus jardines  
Se han deshojado las rosas pálidas:  
Es que la fría brisa de otoño  
Sus tersos pétalos acariciara.

Todo se muestra como la novia  
De dulces ojos y veste pálida,  
Y en sus murmullos las casuarinas  
Remedan tristes cadencias de harpas;  
Pero la alondra de mis ensueños,  
La que en mi pecho perenne canta,  
Tiene canciones desconocidas  
Que arrullan siempre mis esperanzas.

Bajo la copa de los ombúes  
No se oye el ritmo de la guitarra,  
Que adorna amante la linda rubia  
Con verdes ramos y cintas blancas;  
Ya no modula la grata endecha  
Que tiene arpegios de notas mágicas,  
Porque la fría brisa de otoño  
Sus finas cuerdas acariciara.

Entre el ramaje de la arboleda,  
Los gruesos troncos de añosos talaes  
Parecen grises formas gigantes  
Que el ángel frío las desnudara.  
Ya no se escuchan las notas regias  
De los boyeros y las calandrias,  
Ni hay aleteos en los juncales,  
Y en los guayabos duermen las auras.

En los florones del camalote  
Se ha marchitado la flor morada,  
Y los vaivenes de la corriente  
Columpian sólo sus hojas anchas.  
De las gaviotas se ven las plumas  
Yogar errantes sobre las aguas,  
Y en el barranco las margaritas  
Lucen su traje de desposadas.

Cuando las sombras crepusculares  
Cuelgan sus velos en mi ventana  
Y mueren tristes en los jardines  
Las azucenas de alburas castas,  
El ave negra de las tristezas  
Hace su nido dentro del alma,  
Y tiende el vuelo mi pensamiento  
A otras regiones con locas ansias.

GONZALO LARRIERA VARELA.

## El ósculo de las nubes

PÁGINA DE ÁLBUM

Es de tarde, en el mes de julio, cuando á mis manos llega tu álbum de hojas con filetes de filigrana y cubiertas de terciopelo azul. Es éste el libro á que hiciste referencia cuando, con frase amable que llegó á mis oídos como un arpegio de ave canora, y mirada dulce que mi corazón recogió como la expresión sentimental de la poesía, ¿ése es el libro, ó es una alcancía de cristal llena de verdades muy bellas y juicios color de rosa, donde debo depositar un pensamiento, escribir mis ideas, pasar acaso al papel unos átomos de melancolía de los que siento en mi mente? ¿Cuán equivocada estás, amiga mía, al pensar que puedo yo ofrecerte algo medianamente satisfactorio para una persona como tú, que exige mucho! Pídeme un momento de tristeza; puedo darte acibar del que ahoga mi alma, pero no esas cosas apacibles que refresquen el espíritu, la miel que puede endulzar tus horas y la sonrisa ingenua que lleve á tus ojos una pícaro ráfaga de alegría de esas que acarician y no se ven. No debo brindarte un reportaje á mi corazón; pero en cambio quiero ofrecerte una página donde en fraternal consorcio se unan la realidad y el sueño, lo mundanal y lo celeste; te voy á dar un clisé, una miniatura *grande*: el ósculo de las nubes.

¿Has visto tú alguna vez, has observado con atención, el epílogo de un día de invierno, allá en el horizonte lejano, con las nubes rojizas, cuando el alma está aprisionada y no ve en derredor más que tristeza, melancolía, misticismo y adormecimiento de la Naturaleza? Es cuadro que se representa con frecuencia en estos meses de frío, en esos instantes de la media luz, el de la coincidencia de los tibios rayos del Sol con la pintura nacarada que la luna empieza á derramar en regiones no lejanas, cubriendo, á semejanza de nieve, los techos, los bosques y los campos, y las inmensidades acuáticas á quienes presta generosamente la luna, un color indefinido

en la superficie atornasolada, negra, gris, acerada y brillante.

Va terminando la tarde, y, cual si cruzaran acariciando á su paso, montañas de nieve, enfríanse las ráfagas, y los perfumes selváticos que ellas nos traen en primavera y en verano se han cansado, al parecer, de la marcha siempre juguetona de las auras y han caído rendidos sobre la espesa, verde y poética frondosidad de los bosques. Á través de la decoración de las nubes, baja á ocultarse Febo, allá en Poniente, y nos parece que lo que entonces luce el horizonte no es más que el beso que las nubes imprimen á la tierra, en cuya amorosa manifestación permanecen así como extasiadas hasta que llega la noche, que con su luto cubre la escena esplendente del ósculo de las nubes, que todo el mundo presenció silencioso, como sorprendido, en la hora de la media luz.

LUIS A. THÉVENET.

Salto.

## DERECHO ADMINISTRATIVO

(UN CAPÍTULO PARA EL «PRONTUARIO»  
QUE SE PREPARA EN EL AULA) (1)

SUMARIO: *Principios fundamentales del Derecho Administrativo; doctrina sobre los fines del Estado.—Diferentes clases de Administración.—Límites de la Administración Pública.—División de los Poderes.—Procedimiento Administrativo. El territorio y la Administración.—Recursos de la Administración.*

Dice Santamaría de Paredes: «La fijación de la línea divisoria entre el Derecho Administrativo y el Político es cuestión difícil, no sólo por serlo siempre la de establecer los límites científicos, dadas la compenetración y gradación de matices de dos objetos que se relacionan, dificultad todavía mayor si se trata de la relación entre una ciencia y otra de la cual se deriva, sino porque además en el terreno de la vida pública son frecuentes las invasiones de la Constitución en la Administración, y viceversa, oscureciéndose sus verdaderas relaciones por circunstancias históricas.»

De esta exposición resulta que el Derecho Administrativo, considerado como ciencia, no es sino una rama del Derecho Político, que tomando caracteres propios de organización especial, dada su importancia, se ha separado de él para ocupar el verdadero lugar entre las demás ciencias.

La ciencia administrativa, pues, como

(1) Conferencia leída en el aula de Derecho Administrativo, á cargo del doctor don Carlos María de Peña.

ciencia, reconoce principios que son la base característica de ella, y su fundamento; y teniendo en cuenta que nace del Derecho Político General, sus principios fundamentales habrá que buscarlos en la fuente de donde ella procede. en el Derecho Político.

Para el estudio de los principios fundamentales del Derecho Administrativo y sus consecuencias en las diferentes esferas donde se desarrolla su actividad, es necesario, ante todo, tener un criterio de apreciación sobre el origen y la naturaleza del Estado y el fin que éste está llamado a desempeñar, ó, lo que es lo mismo, cuál es la misión del Estado en la sociedad; si son legítimas todas aquellas atribuciones que día á día y universalmente se manifiestan.

En cuanto á la necesidad del estudio del origen del Estado, dice el señor Catedrático Dr. Pena: « Hay sin duda gran interés científico en la investigación del origen del Estado, trayendo á contribución el vasto arsenal histórico de nuestros días, no para construir una sociología empírica, sino para sorprender en toda su primitiva naturalidad la revelación de necesidades sociales y de funciones políticas con que se caracteriza, á través de los tiempos, la evolución de las sociedades en sus períodos de progreso, de crisis, de decadencia, de reacción hacia nuevas estructuras, nuevas fuerzas y nuevas combinaciones. »

Aristóteles sentaba ya en la antigüedad su doctrina sobre el origen de la sociedad, como un hecho natural, instintivo del hombre de las primeras edades. Ella, contemporánea del hombre, supone, aunque en rudimentos, la existencia del poder centralizador del Estado, como factor indispensable del mantenimiento del agregado social, de la cohesión en las partes agrupadas, cuyo factor, dotado de una funcionalidad progresiva, ó como la llama Spencer *fuera directriz*, da origen al Estado moderno.

Pero si el gobierno es contemporáneo de la sociedad, es cierto también que está sometido á un desarrollo gradual; las funciones de simple seguridad, simples en las primeras épocas, se van extendiendo hasta la complejidad de las funciones de los gobiernos de nuestros días, marcando con este desarrollo el paso tardío, pero seguro de la civilización.

Dividido está el campo de los tratadistas sobre la determinación de cuál es la misión que el Estado está llamado á desempeñar en la sociedad; de si el conjunto de funciones contenidas en las constituciones políticas de los pueblos se justifican ante el Derecho,— en una palabra, de cuál es el fin del Estado.

Desde el socialismo radical, que á mi juicio, exageradamente pretende sustituir la actividad é iniciativa del individuo por la iniciativa y actividad del Estado, en bien de todos, según él, y asignándole un fin de direcciones donde forzosamente tenga que desenvolverse, hasta el individualismo radical, que sólo reconoce en el Estado la simple misión de garantizar el orden en el seno de la sociedad armonizando los derechos del uno con los derechos del otro, en una pala-

bra, el estado-policia, todos se disputan la buena solución.

Todos están contestes en que la misión primera del Estado es la garantía del orden, y no pueden menos de reconocer que sin orden no puede haber sociedad, pues el hombre ve en ella el bienestar, el libre campo para el ejercicio de su derecho, en cuanto no esté en pugna con el de sus semejantes; es en ella donde puede desenvolverse completando su desarrollo tanto físico como psíquico; pero donde no hay orden la sociedad es el peor de los males; mejor el aislamiento, pues en la soledad el hombre sólo lucha con la naturaleza teniendo aquí amplio medio de libre acción, aunque esté en lucha diaria con ella,— en la sociedad sin orden la lucha se duplica, el hombre tiene que luchar con el hombre y además con la naturaleza.

El ideal en esta materia es el Estado-policia, el Estado garantiendo el orden.

La práctica enseña que el desarrollo de la vida social no es sólo en una dirección fija, determinada; la vida social no es sólo *vida jurídica*, — como dice Bluntschli (cita del Dr. Pena); la vida social es *vida jurídica* y también *económica*, — y vemos á todos los países estar más ó menos lejos del ideal, pero muy lejos de alcanzarlo, pues la intervención del Estado se hace necesaria en lo relativo á la vida económica, pues sin esta intervención el estancamiento, principio de la aniquilación completa, se haría sentir bien pronto.

Y si no veamos lo que pasa; cuanto más nuevo es un país, más necesita de la ayuda del Estado. ¿Qué sería sin ella de la economía nacional? ¿Estaría en manos del individuo que, impotente, se vería ahogado por el esfuerzo de los más viejos, de los más poderosos.

Pero á medida que el desarrollo de la vida económica adquiere marcadas proporciones, el Estado debe ir reduciendo su intromisión, procurando siempre la tendencia al ideal. Esto es lo que pasa en algunas naciones de gran poder económico, como Inglaterra y Estados Unidos, que han empujado por un marcado proteccionismo y hoy libre cambistas, el Estado no tiene ingerencia en muchas de las cuestiones económicas, como en los demás países. Y no otra cosa que el desarrollo económico es lo que puede hacer que se pase de un régimen á otro; é Inglaterra tan lo ha reconocido así, que en su territorio es libre cambista, pero á sus colonias, débiles aún, las tiene bajo el régimen protector.

En fin, la solución en cuanto á los fines del Estado, depende: 1.º Cuando se encara la cuestión teóricamente, y 2.º cuando se la trata en la práctica, cuando la necesidad obliga á proceder de distinta manera que con los principios, cuando la actividad no se manifiesta por la impotencia del individuo; entonces es al Estado, que cuenta con medios más poderosos de acción, al que compete proteger el desenvolvimiento de la economía nacional, ya por medio de derechos proteccionistas aduaneros, ya por medio de leyes especiales de expropiación para obras ó servicios de utilidad pública,— aunque todos estos desbordes ultrapasen el fin ideal,

el fin primero, y algunas veces estén en oposición con él.

En sociología, pues, se tiene razón al considerar sólo policia y administrador de los bienes comunes al Estado, porque en Derecho Natural se buscan principios, teorías, ideales, mientras que las ciencias prácticas, adaptación de principios á las necesidades.

Donde quiera que exista gestión de intereses, aplicación de recursos ó medios, habrá administración. Así es que podemos decir sin temor de equivocarnos, que hay administración pública y privada, general y local, municipal, comunal, etc., según bajo el punto de vista que se la considere.

La Administración es, pues, inherente á una persona ó entidad, y se desenvuelve según su constitución dentro de límites fijos que proveen sobre las necesidades.

Los límites están fijados por la constitución política y son adaptables á las formas de gobierno de cada país; por la Constitución que á diferentes agregados les da unidad y coordinación.

Pero según las leyes de adaptación, la Constitución de los países debe adaptarse á su idiosincracia, porque la ley fundamental y en general las demás leyes, en la mayoría de los casos, son el espejo fiel de las costumbres, con tendencias más ó menos grandes de perfeccionamiento, de adelanto, de civilización. Y sino, que la ley no se adapte á la costumbre, que el desarrollo de la Administración no esté en armonía con la ley, y sucederá lo que sucede entre nosotros, y lo hace notar el doctor Pena: « nos encontramos con una Constitución escrita que contiene algunas declaraciones vagas sobre el gobierno y administración interior de los departamentos y con una verdadera organización municipal en Montevideo, que es sin duda obra de la necesidad, con costa del tiempo con-agrada ya por la costumbre y en parte por la ley de una manera incontestable. » Y agrega el mismo doctor Pena: « La Constitución escrita no siempre rige de una manera igual y estricta la vida administrativa del Estado, porque la Administración por sus órganos y por su acción sólo conserva y perfecciona en el organismo político y constitucional todo lo que es compatible con los hábitos, los recursos, la capacidad y los ideales del pueblo. »

Nuestra Constitución, pues, para el adelanto de nuestro país de sesenta y siete años á esta parte, no está toda ella en consonancia con las necesidades del presente, no contiene ella los principios más nuevos de Administración política, necesita reforma, reforma adaptable á las nuevas facetas de la administración; pero no es el tiempo de aconsejarla; hoy muy al contrario, cumplámosla como el principio más puro que ha podido conservarse incólume aun en medio de la vorágine más espantosa; cumplámosla tal como está, aunque se tenga que violentar el presente, hasta el día de las grandes reivindicaciones, hasta el día en que los ciudadanos, en derredor de la gloriosa bandera azul y blanca que hoy flamea en las cuchillas salpicadas por la sangre de los caídos de una y otra parte,

sacrifiquen sus odios de partido en aras de la patria; y, entonces, las asambleas, siendo la expresión de la voluntad soberana del pueblo, con los elementos más patriotas, más honorables, más competentes, tengan la autoridad necesaria para emprender la reforma y puedan darnos una buena fuente de Administración política y social.

Dijimos que el Estado es un conjunto orgánico. Como tal organismo, pues, está compuesto de órganos dotados de funcionalidad propia pero dependientes del sujeto; cada uno de ellos desenvolviéndose en distintas direcciones y con fines también propios y particulares, y como dice Meucci, « con conciencia de su identidad », de donde se desprende el sentimiento de su propia misión.

Me refero á la división de los Poderes.

En los Estados ya desarrollados, donde el conjunto de facultades de acción no reside en una sola cabeza como en algunas tribus salvajes, tres son las funciones que manifiestamente se presentan. Las unas de organización, determinando cuál es y hasta dónde llega la esfera del desenvolvimiento de las acciones; las otras encargadas del cumplimiento de los dictados anteriores, y por último las que determinan cuándo se ultrapasa el límite establecido.

Aristóteles había ya dividido las funciones del Estado en tres categorías, que correspondían á los tres poderes, Legislativo, Ejecutivo y Judicial; y en efecto, donde quiera que exista un Estado, allí habrá estos tres poderes aunque estén desempeñados por la misma persona y á primera vista no puedan distinguirse. Y no se diga que esta clasificación es incompleta por los que creen ver en el Municipio un cuarto poder; no: este es un verdadero gobierno, con sus tres órganos correspondientes á las tres funciones de que hablamos, funciones que con las demás condiciones del Estado, harían de él un verdadero Estado.

Pero todos los poderes no proceden: el encargado del procedimiento administrativo el que inmediatamente está en contacto con la administración pública, procediendo de acuerdo con la Constitución y las leyes; el que aplica medios á fines, es el Poder Ejecutivo, formando diversos órganos de este poder la llamada Administración del Estado. Él es, pues, el encargado de cumplir los fines del Estado.

No es posible concebir al Estado sin sociedad y ésta sin territorio; de donde se deduce que el Estado asienta en el territorio; es allí donde ejerce sus facultades coercitivas. Él es, pues, la *base física* del Estado, como la llaman los autores. Aun las tribus nómades tienen también su base física, allí donde dominan, aunque sea accidentalmente, allí donde tienen su territorio.

El estudio del territorio es de capital importancia para el Derecho Administrativo, por cuanto él constituye por una parte el asiento de la sociedad, y en la mayoría de los casos para su mejora se utilizarán muchos servicios administrativos, por cuanto su situación geográfica y configuración harán más ó menos fácil el desarrollo de la

vida social; y por otra parte es indispensable su estudio, por ser él la fuente principal de los recursos sociales. Pero como no nos está encomendado el estudio de este punto, no hacemos más que indicarlo.

Asentado el Estado en su territorio, precisa medios de mantenimiento para existir y poder cumplir su misión; precisa recursos. Ellos le pueden ser proporcionados, ya, como dijimos antes, por su territorio, ya por la economía privada.

De aquí la relación entre el Derecho Administrativo con la Economía Política. La ciencia de las finanzas le da los principios y los medios para la adquisición de los recursos por medio del empréstito y el impuesto.

Pero la aplicación de los recursos ya no es Economía Política: es función de Administración, constituyendo la « Economía Financiera ó Economía del Estado, » la cual « dará doctrinas sistemáticas que deben servir fundamentalmente de norma á la Administración del Estado de la misma manera que sucede con algunas doctrinas del Derecho Político. »

Donde quiera, pues, que se manifieste un servicio administrativo, allí intervienen los medios económicos. Sin éstos la prestación sería imposible.

Por último, y para terminar, diremos que el Estado es también sujeto económico. Al hablar sobre los fines del Estado vimos la ingerencia de éste en la economía privada, pero no hay que olvidar que él también tiene sus bienes propios en relación con los cuales se mantiene como el individuo con sus bienes privados.

ALBERTO GARD Y SANJUÁN.

Junio 2 de 1897.

## POBLACIÓN

(Conclusión)

### III

*Refutación de la teoría de Malthus.* Para refutar esta teoría, alteraremos el orden de la exposición, examinando en primer lugar el problema de las subsistencias, y en segundo término el de la población, que es más interesante.

Parte Malthus, para sentar la ley de las subsistencias, del hecho de que el aumento de estas últimas depende del mejoramiento de la tierra. Ésta, como consecuencia del cultivo se agota, se hace menos productiva, y hay entonces necesidad de concederle descanso para recuperar las fuerzas gastadas.

En primer lugar, no es cierto que la única fuente de subsistencias sea la tierra. Olvidó Malthus á las otras industrias, que son también veneros de riqueza; no consideró lo que puede esperarse de los progresos de las ciencias, que han transformado las ideas, disipado el velo que envolvía la causa de los antiguos misterios y descubierto ante nuestra vista fuerzas desconocidas, cuya

maravillosa influencia no adivinó jamás la mente humana ni aun en sus momentos de delirio. Entre las fuerzas llamadas á ejercer mayor influencia sobre el problema propuesto por Malthus, se encuentran la física y la química. La cuestión económica de más importancia relacionada con la química, es, dice Berthelot, la de la fabricación de las materias alimenticias. Para demostrar lo que puede esperarse de la química dice: « Día llegará en que cada uno llevará para nutrirse su pequeña pastilla de materia azoada; su pequeño pan de materia grasa; su pequeño trozo de fécula, ó de azúcar; su pequeño frasco de especias aromáticas; todo esto fabricado económicamente, y en cantidades inagotables por nuestras fábricas; todo eso independiente de las estaciones irregulares, de la lluvia ó de la sequía, del calor que seca las plantas, ó de la helada, que destruye la esperanza de la fructificación; todo eso en fin exento de esos microbios patógenos, origen de las epidemias y enemigos de la vida humana. »

Entonces reinará sobre la tierra, como dice el mismo autor, la alegría de la legendaria edad de oro, no por las causas que hacían llamar dichosos aquellos siglos al personaje de Cervantes, sino por los esfuerzos del pensamiento humano, á quien le será difícil grabar en el frontispicio de la ciencia el famoso *nec plus ultra*, inscripto sobre las columnas levantadas por el héroe legendario.

De manera, pues, que podemos permanecer tranquilos en cuanto á la suerte de las generaciones de lo por venir. Con respecto á la presente es preciso tener en cuenta que las observaciones de Malthus sobre el agotamiento de la tierra son completamente erróneas, é hijas de los escasos conocimientos de su época. Es cierto que si se cultiva la tierra desconociendo las leyes naturales, aquélla acaba por agotarse, pero no es menos verdadero que la agronomía ha salvado esos inconvenientes con la rotación de los cultivos, enseñando á no preparar sucesivamente en el mismo terreno dos cosechas del mismo vegetal. Además sabemos que por medio de los abonos, ya sean naturales ó artificiales, se devuelve á la tierra parte de su vitalidad perdida.

No debemos olvidar tampoco las regiones desconocidas que todavía esperan ser holladas por la planta civilizadora del hombre, desde las llanuras heladas envueltas en la penumbra de las noches eternas, hasta la bella extensión de la zona tórida, que abre espontánea á los esfuerzos humanos su ardiente seno de mujer fecunda.

Terminaré la refutación de esta parte de la doctrina con las siguientes palabras de Leroy-Beaulieu, que demuestran que, en la actualidad, pasa todo lo contrario de lo previsto por Malthus: « La crisis agrícola y económica actual, es decir, la falta momentánea de equilibrio entre el consumo y la producción, la tendencia á un exceso de la oferta sobre la demanda, viene precisamente de que las subsistencias y materias diversas destinadas á los países civilizados han aumentado mucho más rápidamente que la población de esos países. »

Entremos al estudio de la parte más dis-

cutida de la doctrina de Malthus. Al establecer su argumento por analogía olvidó que hay una diferencia fundamental entre el hombre, los demás animales y los vegetales, en cuanto al instinto de reproducción, el cual es ciego, irresistible en los últimos, mientras que en el primero está sometido al dominio de la voluntad humana.

Es preciso agregar á esto la observación que se ha hecho, de que la potencia reproductora está en razón inversa de la inteligencia y de la fuerza con que cada especie resiste en la lucha por la existencia; lo que se explica teniendo en cuenta que á medida que el género humano se civiliza, surgen nuevas necesidades y satisfacciones, las cuales en concurrencia con el instinto de reproducción le quitan el predominio absoluto que ejerce en los hombres menos civilizados. Si observamos en nuestro mismo país, vemos que las familias que tienen menos hijos son las que viven en la opulencia, las que podrían alimentar sin inconvenientes una numerosa prole, mientras que las que dan mayor contingente á la población son las clases desheredadas, los oyentes predilectos del Maestro, que pasan su vida luchando con los obstáculos, casi insuperables, de los sufrimientos y de la miseria.

Carey sostiene que los grandes hombres tienen en general pocos hijos, lo que está de acuerdo con la tesis de Spencer, de que hay oposición entre el fenómeno de la procreación y el desenvolvimiento llevado al más alto grado de las facultades intelectuales.

De manera, pues, que al argumento por analogía de Malthus podemos oponer la tesis de Carey y Spencer, según la cual á medida que el hombre se civiliza va disminuyendo en potencia reproductora.

Apoya también Malthus su doctrina en observaciones estadísticas. Se ocupó, sobre todo, de la población de los Estados Unidos, pueblo en excepcionales condiciones para el aumento, y como resultado de sus estudios, sentó la famosa ley del doblamiento cada 25 años. Ahora bien, dice Leroy-Beaulieu: jamás los Estados Unidos han visto su población duplicarse, á consecuencia del *acrecimiento vegetativo*, en un espacio de 25 años. Dejamos la palabra á la estadística. El primer censo general, que se levantó en el año 1790, arrojó la cantidad de 3,929, 827 habitantes, y el último, de 1890, 62,981,000. Si la población de los Estados Unidos, con arreglo á la ley de Malthus, hubiera doblado en cada período de 25 años, debiera ser, en el año 1890, de 62,877,232. Como vemos, parece que se ha cumplido la ley de Malthus, con la especialidad de que todavía la población ha aumentado más rápidamente de lo previsto por la citada ley.

Pero es preciso tener en cuenta que una cosa es el aumento de población de un país como resultado de su movimiento propio, y otra muy distinta el que deriva de la suma de los dos factores: *acrecimiento vegetativo* y *acrecimiento por agregación*. Y esto es precisamente lo que pasa en los Estados Unidos. Calculando en 2,500,000 de seres el número de inmigrantes llegados á los Estados Unidos desde el año 1790 á 1840, y

la descendencia que han tenido en el suelo americano, encontramos que ese país como resultado de su *acrecimiento vegetativo* no debería tener en 1840 sino 14,569,453 habitantes, en lugar de los 17,061,453 con que aparece en la estadística. Esos 14,569,453 representan, con relación al año 1790, un *acrecimiento* de 10,639,729, aumento menor del que resultaría del cumplimiento de la progresión geométrica.

El censo del año 1850 da una población de 23,191,896. Si se deducen 6,720,000, correspondientes á la inmigración y á su descendencia, quedan 16,471, 896, lo que no representa más que cuatro veces la población de 1790.

De manera, pues, que solamente en un período de 29 á 30 años, en las circunstancias más favorables, habría duplicado por *acrecimiento vegetativo* la población de los Estados Unidos.

Si se observan los censos posteriores al año 1840, se ve que el *acrecimiento vegetativo* disminuye. Desde el año 1840 á 1865, en la hipótesis de que la guerra de secesión no hubiera tenido lugar, el aumento de la población, en esos 25 años, no hubiera sido sino de 57.87 %, lo que exige 40 años para el doblamiento, y no 25, como decía Malthus.

El movimiento de la población en el período de 20 años, comprendido entre 1870 y 1890, demuestra todavía mejor la falsedad de la ley de Malthus.

En 1870 el censo da una población de 38,558,371; en 1890 se eleva á 62,981,000, aumentando en 20 años, 24,422,629. Pero estas cifras comprenden el *aumento vegetativo* y el *aumento por agregación*. Ahora bien, calculando en 12,000,000 el aumento por agregación, se encuentra que el *vegetativo* está representado, durante ese período, por 12,422,629.

Esta cifra comparada con la población de 1870 arroja una tasa de *acrecimiento* de 31.68 %. Con arreglo á ella la población exigiría 60 años para duplicarse.

Por consiguiente, la estadística de los Estados Unidos demuestra que la población no se duplica con arreglo á la ley de Malthus, y al mismo tiempo que la tasa del *acrecimiento* va disminuyendo paulatinamente. Y es bueno recordar que se trata de un país que está en condiciones muy favorables para el aumento de su población, con impuestos poco gravosos, sin las cargas que origina el servicio militar en la vieja Europa, con fuentes de recursos numerosísimas, y que contiene territorios ilimitados, donde el *yankee* manifiesta su espíritu de iniciativa haciendo surgir, en pocos días, ciudades populosas del seno de las praderas solitarias.

Del estudio estadístico de los países más poblados y civilizados, Inglaterra, Alemania, Bélgica, etc., sacamos las mismas conclusiones.

Pero nos podría decir algún discípulo de Malthus: Habéis demostrado que la población exige mucho más de 25 años para duplicarse; pero vuestra demostración no suprime, sino solamente aleja, las siniestras profecías del maestro.

Á esto se contesta acabadamente, demos-

trando que el peligro para las sociedades actuales no está, como sostenió Malthus, en el excesivo aumento de la población, sino, por el contrario, en el estacionamiento ó disminución de la misma.

En Francia es donde mejor se puede estudiar ese fenómeno. De una tabla que publica Leroy-Beaulieu, tomo los siguientes datos, que prueban la disminución continua de la tasa media de la natalidad por 1000 habitantes:

1806—1815.....	31.31
1816—1830.....	31.25
1831—1840.....	29.01
1841—1850.....	27.44
1851—1860.....	26.33
1861—1870.....	26.90
1871—1880.....	25.42
1881—1890.....	23.87
1891—1898.....	22.57

Y es necesario observar que la natalidad francesa se sostiene actualmente algo, por la gran proporción de nacimientos ilegítimos, que compensa la gran disminución de los nacimientos legítimos. Esto se comprueba con las siguientes cifras: en el período de 1806 á 1815 hubo 60,000 nacimientos ilegítimos; en el período 1891—1893, 76,500. El número medio de nacimientos legítimos por matrimonio, en el período 1800—1805, fué de 4.24; y en el período 1890—1893 disminuyó á 2.77. En la estadística francesa se observa también que los departamentos más fecundos son los que conservan las costumbres patriarcales, mientras que los que menos favorecen el aumento son los más civilizados, aquellos donde los sentimientos democráticos están más extendidos.

Este descenso de la tasa de natalidad se nota, no solamente en Francia, sino también, aunque en grado menor, en los países que ocupan los primeros puestos en la escala de la civilización. En Bélgica bajó de 31.78 en 1831, á 28.92 en 1892; en Inglaterra de 35.9 por 1000 en el período 1874—1876, á 30.8 en 1889—1892. En Alemania fué 40.7 en el período 1871—1880; en 1890, 36.97; en 1891, 38.20. y en 1892, 36.90.

Comparando las estadísticas de los diversos Estados europeos, se ve la relación entre la tasa de la natalidad y la civilización. En primera línea con la tasa más elevada, 50 por 1000, figuran Rusia, Servia, Rumania y Hungría. En segundo lugar Italia, Austria y España; en tercero Inglaterra, Escocia, Noruega y Dinamarca; en cuarto, Suiza, Bélgica y Suecia; y en último término, con la tasa más baja, 20 á 25 por 1000, Francia é Irlanda. Este último país por causa de la emigración.

Así pues los estudios estadísticos demuestran que la verdadera ley de la población, para los pueblos civilizados, es muy diversa de la formulada por Malthus; que ella se traduce, dice Leroy Beaulieu, «por la tendencia á una fecundidad decreciente.» Sentado esto, ¿cuáles son las causas de la disminución de la natalidad en todos los países civilizados? De las observaciones estadísticas sacamos la consecuencia de que los enlaces van siendo menos numerosos, y de que aumenta considerablemente la proporción de las uniones tardías. En Francia la proporción de hombres menores de 20 años, y de

20 á 25, casados, que fué en 1874, 25.98; en 1875, 26.00, bajó en 1890 á 25.52. En 1874 la proporción de las mujeres casadas menores de 20 años fué de 19.99; en 1875, 20.95, y en 1890, 19.55. Lo mismo pasa en Inglaterra. En 1874 la proporción de los hombres casados menores de 20 años fué 3.71, y 52.19 la de los mayores de 25 años. En 1892 la de los primeros quedó reducida á 1.93, y la de los segundos, á 44.02. Igual cosa ocurre con la edad de las mujeres.

Sabiendo que el ináximum de fecundidad para la mujer corresponde al período de 18 á 20 años, y en el hombre de 25 á 26, se comprende fácilmente la influencia que los matrimonios tardíos ejercen sobre la disminución de la población.

Diversos factores contribuyen á retardar la edad de los matrimonios. La ambición democrática hace que todas las clases, aun las mas humildes, ambicionen llegar á los altos puestos, y con ese fin la mayor parte de la juventud se dedica á las profesiones liberales, que exigen el sacrificio de la mejor parte de la vida para conseguir un título académico. Después de logrado son necesarios todavía algunos años para asegurar con el título los medios que reclaman el sostenimiento de una familia.

Sobre las clases opulentas influye el deseo de gozar de los infinitos placeres inventados por la civilización, el desborde de las pasiones, todo ese conjunto de ideas y sentimientos que han originado lo que llama Zola «gran perturbación de nuestra época, que se precipita tras de los goces.» Miran el matrimonio como un refugio donde descansarán de su vida tempestuosa, y lo contraen cuando el hastío los invade, cuando perdida toda energía sólo llevan al tálamo nupcial la masa inerte de sus organismos gastados.

Pero lo peor es que los matrimonios que se celebran van siendo cada día menos fecundos, que los esposos hacen todo lo posible para tener el menor número de hijos.

Sobre esto obra también la ambición democrática, haciendo que los esposos, con el objeto de elevar la fortuna de la familia, tengan pocos hijos, para evitar la subdivisión, antiguamente los hijos trabajaban desde la edad temprana, ayudando á sus padres á sobrellevar las cargas de la familia. Hoy son exclusivamente gravosos; empiezan á trabajar más tarde; y son pocos los que entregan á sus padres la modesta retribución de su trabajo.

Resumiendo nuestra crítica á la doctrina de Malthus diremos: 1.º Que la ley de aumento de la población en proporción geométrica sólo es aplicable á los pueblos bárbaros ó primitivos; 2.º Que la verdadera ley de la población para los pueblos adelantados consiste en asegurar que la civilización tiende á disminuir la fecundidad de la especie.

#### IV

Ocupémonos ahora de la población de nuestra República. El país, como casi todos los de América, se encuentra en inmejorables condiciones para el aumento de la población, por su clima templado, por la

fertilidad del suelo y por su excepcional situación geográfica.

La emigración, que como dice Leroy-Beaulieu es una función esencial de todo pueblo sano, arroja de continuo á nuestras playas el exceso de población europea, que, sin porvenir en las viejas naciones, busca en la virgen región de la América nuevos horizontes donde desarrollar sus actividades. Así se explica que, á pesar de las turbulencias inherentes á estas democracias inorgánicas, como las llamó Lucio Vicente López, nuestra población haya aumentado, en los pocos años que llevamos de vida independiente, de una manera notable.

Para probar esto no contamos sino con dos censos generales practicados el primero, en el año 1852, durante el gobierno de Juan Francisco Giró, y el segundo en el año 1860, siendo Presidente Bernardo P. Berro, y con varios cálculos aproximados hechos por la Dirección de la Oficina de Estadística.

El Sr. Félix Azara, en sus viajes por la América del Sur en el año 1796, asignaba á la entonces Banda Oriental. . . . .	30.685 habitantes
En la época de la declaración de la independencia, año 1820, la República contaba con. . . . .	74.000 »
El primer censo general levantado en 1852 le daba. . . . .	191.969 »
El segundo, de 1860, arrojó. . . . .	229.480 »
Trece años después, en 1873, el Sr. D. Adolfo Vaillant calculó la población en. . . . .	450.000 »
En 1877, otro cálculo del mismo señor dió. . . . .	440.000 »
Dos años después, 1879, el mismo Sr. Vaillant calculó la población en. . . . .	438.245 »
Posteriormente, desde el año 1882, la Dirección del Anuario Estadístico calcula anualmente la población; y según su último trabajo la República tuvo en el año 1895. . . . .	792.000 »

Comparando esta cifra con la obtenida por el Sr. Vaillant en el año 1879, tenemos que la población de la República aumentó en el período 1879-1895, 354.555 habitantes, ó sea, un 80.90 %.

Recordando que, según la cifra adoptada por la Dirección del Anuario, la superficie de la República es de 186.920 k cuadrados, resulta que la densidad de la población fué, en el año 1895, de 4.24 habitantes por k cuadrado.

Cotejando nuestra densidad con la de otros estados americanos, tenemos que nos superan las Repúblicas del Salvador, Guatemala, Norte-América, Méjico y Costa Rica; y que nuestra densidad es mayor de la correspondiente á las Repúblicas del Ecuador, Chile, Honduras, Nicaragua, Venezuela, Paraguay, Bolivia, Brasil y la Argentina.

La inmigración ha contribuido muchísimo á este aumento de la población. En los 19 años transcurridos desde 1877 á 1895 inclusive, entraron 240.362 inmigrantes, produciéndose sobre los emigrantes, que en ese lapso de tiempo fueron 156.132, un excedente á favor de los primeros de 84.230 individuos.

Se nota en las columnas del Anuario la relación entre la situación política y económica del país, y el movimiento inmigratorio.

El año en que entraron más inmigrantes fué el de 1889, caracterizado por un relativo bienestar político y por un movimiento extraordinario de los negocios; y la máxima disminución corresponde al año 1875, año en que el vergonzoso motín militar de enero derrocó al Presidente Constitucional doctor Ellauri, reemplazándolo con don Pedro Varela, á quien le tocó presidir el período espantoso conocido en nuestra historia con el nombre de *año terrible*.

Las naciones que dan mayor contingente á nuestra inmigración son: Italia, España, Brasil y Francia.

Ya tiene lugar en nuestro país el fenómeno observado por Leroy-Beaulieu en las naciones más adelantadas, sobre el retardo de la edad de celebración de los matrimonios. Basta considerar los siguientes cuadros.

Edad de los varones casados	Número en 1890	Número en 1895
De menos de 18 años	740	550
> 18 á 20 >	718	687
> 20 á 25 >	1506	1711
> 25 á 30 >	694	746

  

Edad de las mujeres casadas	Número en 1890	Número en 1895
De menos de 18 años	740	550
> 18 á 20 >	718	687
> 20 á 25 >	1506	1711
> 25 á 30 >	694	746

En cuanto á la natalidad, podemos estar satisfechos, puesto que el promedio anual de nacimientos, por 1000 habitantes, es de 38.13, tasa que califica Leroy-Beaulieu de muy elevada, y superior á la de Inglaterra, Escocia, Noruega, Dinamarca, Suecia, Suiza, Bélgica, Grecia, Francia é Irlanda.

La proporción de los hijos legítimos ó ilegítimos en toda la República, en 1895, fué de 75.47 % de legítimos por 24.53 % de ilegítimos. Obsérvese, lo que es de lamentar, el aumento de la natalidad ilegítima y la disminución de los nacimientos legítimos. En el año 1891 nacieron en toda la República 23.000 hijos legítimos y 5695 ilegítimos, y en el año 1895, 22.944 legítimos y 7459 ilegítimos.

La relación de las defunciones con la población de la República es de 15.88 por 1000 habitantes, proporción que comparada con la de otros países resulta la más baja de todas: por ejemplo, Chile da una proporción de 30 defunciones por 1000 habitantes; Costa-Rica, 23.8; Venezuela, 23.7; Francia, 23.8; Italia 29.1, é Inglaterra 21.4.

Hemos terminado nuestra conferencia. En el curso de ella creemos haber demostrado que, en lugar de execrar, debemos glorificar á las madres siempre fecundas. Nosotros, sobre todo, necesitamos atraer por todos los medios la corriente de emigración europea, sangre que vigoriza á las viejas sociedades, para desarrollar las industrias, formar el núcleo de una nacionalidad respetable, abrir nuevos rumbos á la actividad política, y en fin para realizar en las fértiles llanuras de nuestra República lo que llamaba el bardo de las cumbres «la eterna comunión de las naciones.»

José SALGADO.